

AV/00043

Dr. Alfonso Castro - St. Colombiano - Antioquia

TOMAS CADAVID RESTREPO

PUBERTAD

DISCOLIA DE LA PUBERTAD



Trabajo presentado para el Concurso Pedagógico de la Universidad de Antioquia (Sección de Enseñanza Secundaria), con motivo del Centenario de la

BATALIA DE AYACUCHO

PRIMER PREMIO



MEDELLIN
IMPRESA OFICIAL
1924

AV/00043

✓
TOMAS CADAVID RESTREPO

DISCOLIA DE LA PUBERTAD



Trabajo presentado para el Concurso Pedagógico de la
Universidad de Antioquia (Sección de Enseñanza Secun-
daria), con motivo del Centenario de la

BATALLA DE AYACUCHO



MEDELLIN
IMPRENTA OFICIAL
1924

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
BIBLIOTECA MEDICA

Al Dr. Gabriel Toro Villa.

CONCEPTOS



Medellín, septiembre 6 de 1924.

Sr. D. Tomás Cadavid Restrepo.—Presente.

Muy estimado amigo:

Mil gracias le doy por el honor que me dispensó enviándome su trabajo "Discolia de la Pubertad" y por el placer que con la lectura de él he tenido. Lo he leído y vuelto a leer, declarándome, una vez más, admirador del pensador, pedagogo y escritor que Ud. encarna.

Muchas felicitaciones merece Ud. por la maestría y tino con que hace incursiones en el campo de la Fisiología por senderos tan difíciles como son la Endocrinología y las Endocrinopatías, apenas explorados por algunos y todavía ocultos para la mayoría.

Muy claramente describe Ud. las disendocrinias de la pubertad y, con el cuadro clínico que presenta, despierta sugerencias muy interesantes para los que, biológicamente, consideramos inseparables el espíritu y el cuerpo.

Con pericia que sólo dan la experiencia y dotes de sagaz observador muestra Ud. los efectos de estas causas meramente somáticas sobre la formación intelectual y moral de nuestra juventud, que, con excepciones—ojalá sean éstas más numerosas de lo que un poco pesimista a este respecto las supongo—está enferma del alma en todas sus nobles manifestaciones.

El exagerado cultivo de la memoria, brillante en la pubertad por razones biológicas, trae consigo su fatiga y deformación para épocas posteriores y la atrofia de otras facultades, la atención y la inteligencia, y, como resultado final, la pereza intelectual que muy pomposamente hemos dado en llamar **surmenage**.

Resultante de esto es la falta de iniciativa que lleva a la exaltación del espíritu de imitación, casi simiesco, entre nosotros. Así lo demuestra el snobismo mal entendido e incompleto en todo lo que se ve: desde los abrigos para regiones polares con que se protegen nuestras elegantes de los rigores del sol tropical de nuestra zona, hasta las modas copiadas de las **cocottes** con que se exhiben nuestras doncellas; desde el

uso immoderado de los deportes que Ud. apunta—el abuso que yo llamaría—hasta los ejemplares que a diario vemos de fatigados de la vida, buscadores de paraísos artificiales, nostálgicos de civilizaciones que no han conocido sino por malas referencias, apóstoles del desencanto, ellos que nunca han tenido una ilusión.

La pérdida de la iniciativa trae consigo igualmente la muerte de la voluntad y de la conciencia del propio valer; allí están como ejemplos: los envidiosos de aspecto duplex, adoloridos del bien ajeno y, bajo fingida conmiseración, alegres del mal del prójimo; los zánganos que, para la competencia social se apropian del esfuerzo creador hecho por otros; los arrivistas, cuyo número es tan crecido que oscurece el sol y hace que los buenos tengan que librar sus batallas en la sombra; los fracasados, por desadaptación de su sér moral a la profesión que les impuso la vanidad paterna, hipertrofiada por las fáciles palmas de los actos públicos de nuestros colegios; en fin, tantos otros que forman la falange de mediocres en nuestra sociedad.

A la par que señala Ud. las deficiencias de nuestros métodos educativos actuales y los resultados desastrosos por ellos obtenidos, indica medios admirables para formar mejor a la juventud, preconizando entre ellos: la enseñanza simultánea de artes manuales, idea hermosamente democrática, porque al mismo tiempo que se da descanso al espíritu, acuña en el mismo troquel del trabajo los ideales del proletario que necesitará de su arte para vivir y los del dirigente que con él laboró, sólo para prepararse mejor; la convivencia con la Naturaleza, tan ensalzada por todos los filósofos como hermoso libro de cromos donde envejece el niño sin pasar de su primera página, tál es el tesoro de los secretos y maravillas que encierra.

Muy cordialmente lo felicito por su interesante trabajo, y como siempre créame su sincero estimador y adicto amigo,

G. TORO VILLA

Medellín, octubre 6 de 1924.

Sr. D. Tomás Cadavid Restrepo.—S. M.

Muy estimado amigo:

Acabo de leer su interesantísimo trabajo sobre "Discolia de la Pubertad", y, a riesgo de pasar por pedante, no quiero devolvérselo sin hacerle algunos comentarios que no tienen otro mérito que el de ser absolutamente sinceros.

Dejando a otros la tarea de analizar científicamente las ideas que Ud. expone, empiezo por declarar que su trabajo

es de un interés enorme por referirse al momento más difícil, más peligroso y.....más descuidado de la vida del estudiante.

Pierre Bovet, el sabio Director del Instituto de Ciencias de la Educación de Ginebra, nos decía en cierta ocasión que faltaba un apóstol que escribiera los “derechos del niño” como otros habían escrito los del hombre, los de la mujer y los del obrero. Y su trabajo sobre la Pubertad no es otra cosa que una declaración de que el niño tiene derecho a que se le respete su naturaleza en todo tiempo y con especialidad al doblar el peligroso “Cabo de las Tormentas”; es una protesta vibrante y razonada contra la sociedad actual, que, por incompreensión o por descuido, arroja sobre el adolescente una carga superior a sus fuerzas y castiga en él, como faltas, esos sabios “reflejos de defensa” que tan hondamente preocupan hoy a los psicólogos.

Y al tratar de estas cosas, toca Ud. con mano experta varios de los grandes problemas de nuestra educación: las Normales, las obras de protección de la infancia, las escuelas primarias y la necesidad que tenemos de hacernos a un personal docente que **comprenda y ame** a los niños. ¡Todo un programa de renovación escolar!

Quiera Dios que sus palabras vayan a turbar el sueño—tan profundo como bien pagado—en que yacen los dirigentes de la Instrucción Pública en Colombia; y que este trabajo suyo—que en cualquier otro país del mundo le valdría a Ud. un nombre envidiable y una posición holgada—no le vaya a costar aquí el odio más o menos franco y agresivo de quienes, por una u otra causa, miran con malos ojos todo lo que se refiere a reformas escolares.

Si este estudio suyo lograra llevar al ánimo de padres y maestros la idea de que el niño no es ni puede ser un esclavo de nuestros caprichos, y empujara a nuestra sociedad a reconocerle al niño el “derecho de ser niño” y de obedecer a la naturaleza antes que al adulto, entonces, D. Tomás, la Infancia de Colombia tendría con Ud. una deuda inmensa de gratitud.

Y termino diciéndole personalmente lo que dije de Ud. al Dr. Alejandro López en Bruselas, cuando me mostró su informe sobre la “Casa de Menores”: “un hombre con tan buena vocación, con tanta voluntad y de cabeza tan despejada, es raro en todas partes.....y más todavía en las vecindades del Ecuador.....”

Reciba de nuevo mis felicitaciones y, junto con ellas, un apretón de manos de su amigo sincero,

TULIO GAVIRIA U.

INFORME DEL JURADO

—••—
Medellín, diciembre 9 de 1924.

Sr. Rector de la Universidad de Antioquia.—E. S. D.

Pasamos a informar del resultado del concurso sobre asuntos pedagógicos.

Se presentaron siete trabajos y destacámos cuatro; uno, digno del primer premio: otro, merecedor del segundo, y dos, acreedores de mención honorífica y del diploma del caso.

Adoptámos por unanimidad el concepto sobre cada uno de los estudios y sólo abrimos las cubiertas de los que vamos a mencionar en seguida:

DISCOLÍA DE LA PUBERTAD

Es, en nuestro concepto, el mejor de los trabajos al concurso presentados, y en esas páginas doctas se hallaría mérito suficiente para dejar dignamente sentada una reputación profesional en las elevadas disciplinas que con el estudio se relacionan.

La producción de que tratamos es acaso el esfuerzo más laudable y autorizado que se haya impuesto escritor colombiano alguno, para que la Ciencia Pedagógica explore los campos diversos de su vivir fecundo y analizador.

Con criterio simplista se considera que la Pedagogía enseña únicamente la manera más o menos acertada de dictar una clase, de conservar atentos a los alumnos, de procurar la compostura y el orden en las aulas. Nada más errado. El autor de *Discolía de la Pubertad* abre un verdadero campo de ignoradas labores: la que pudiera llamarse Pedagogía Social, en cuyo auxilio vienen distintos ramos del saber humano: Psicología, Biología, Estadística y otros.

Originalidad, dominio absoluto de la materia, precisión en los términos, elegancia en el lenguaje, profundidad en los conceptos; tales son las notas salientes del trabajo. Las citas oportunas y bien traí-

das de los expositores más prestigiosos, le sirven—a diferencia de lo que suele ocurrir—no para disimular pobreza de ideas personales, sino que las utiliza todas como argumento demostrativo de las observaciones propias, ya suficientemente respaldadas con el criterio analítico.

No olvida un momento el medio en que vivimos, y en él y para él escribe.

Los problemas palpitantes que sugiere, son los que a diario piden, con grito de angustia, la solución que deben darles sacerdotes, médicos, abogados, maestros y padres de familia, y que todos, conforme a la vieja dolencia latina, esperamos del esfuerzo del Estado.

Puntos de partida: la más excelsa cumbre de moralidad privada y pública, sobre la inmovible base religiosa; penetrar al fondo de las almas, sin olvidar que su envoltura es de barro y que sus resonancias interiores no pueden ser desatendidas por los encargados de modelar existencias; concepto completo de la ciencia educativa que no se halla circunscrita, ni con mucho, a los claustros estudiantiles, sino que expande sus actividades al multiforme rodaje de la vida en todo su hondo significado; visión clara de las responsabilidades que para el futuro de la raza tienen los dirigentes en la obra de la instrucción y de la educación populares; sanas iniciativas de mejoramiento; justo y razonable anhelo de que la orientación profesional cierre para muchos las puertas del fracaso y señale sitio adecuado a sus facultades y tendencias, empresa en que corresponde a los educadores un impulso salvador, como que deben decirle a la sociedad para qué sirve aquella energía individual que les confió para disciplinarla y encauzarla por caminos de virtud y de ciencia. Todos y cada uno de esos asuntos sirven de fundamento a la erudita exposición.

“El diagnóstico de las aptitudes” ha de formar, en sentir de un tratadista, uno de los capítulos más importantes de la difícil ciencia de convertir al educando en un verdadero ciudadano.

Con una preparación psicológica bien dirigida, la misión del maestro se amplía y cobra todo su alcance social. La Psicología le presta su eficaz concurso para conocer el espíritu del niño y seguir el desenvol-

vimiento completo de su personalidad hasta colocarlo en condiciones de luchar con ventaja.

En el estudio que motiva esta parte de nuestro informe se sorprende al niño en su momento más delicado: cuando deja de serlo.

Sobre las perturbaciones psíquicas y fisiológicas de semejante período, presenta el autor una serie de consideraciones basadas en la elocuencia de la Estadística y analizadas con criterio certero de manera tan amplia, que puede decirse, agota el tema. No se detiene a denunciar el mal, ni mucho menos a señalarle como específico milagroso el consabido párrafo de algún texto extranjero. Al contrario: indica medios prácticos y conformes con las posibilidades colombianas.

Enfocada preferentemente su atención a ese objetivo, revela, sin embargo, cabal conocimiento de los distintos aspectos de las cuestiones educativas y los abarca en un conjunto que demuestra el manejo adecuado y despierto del profesional que sabe el terreno que pisa y se mueve con agilidad y firmeza.

Sería obra superior a las circunstancias del momento, y desproporcionadas para nosotros, la del juicio crítico del trabajo ya mencionado.

Estamos seguros de que, al ser publicado, se le colocará entre las monografías llamadas a perdurar, como las que un ilustre Rector de esta misma Universidad catalogó para servir de ejemplares, por referirse, con acopio de ciencia y de experiencia, a lo que pudiera sernos aprovechable.

Allí, con los trabajos científicos de Antonio José Uribe, Alejandro Restrepo y Miguel Martínez, que les conquistaron el título académico, quedará la tesis sobre *Discolía de la Pubertad*, que bien acredita de docto a quien la sustenta.

Si la Universidad no tiene la honra de contar entre sus Doctores a quien así domina estas arduas materias, le puede en verdad abrir el campo al que con suficientes credenciales debe ser el primero en la escogida serie de la Legión de Honor de la inteligencia con el testimonio limpio de *Doctor Honoris Causa*.

En cumplimiento de nuestro encargo le señalamos el primer premio,

Firma: *Próspero*.

En la cubierta apareció el nombre: *Tomás Cadevid Restrepo*.

LA NUEVA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Con ese título figura un estudio de bastante interés y que revela en su autor acopio de conocimientos y orientaciones definidas.

No es un novicio en las tareas del magisterio, y se descubre allí la lección elocuente y perdurable de la gran maestra que es la vida.

El estilo se nos antoja demasiado ampuloso y que no amolda con temas de semejante naturaleza. No obstante hay claridad y acierto en la mayor parte de sus observaciones.

Contiene saludables iniciativas y coloca la enseñanza clásica en su verdadero sitio. Pide que se la intensifique y que se haga en verdad el estudio de las humanidades, buscando en las fuentes de las literaturas latina y griega los ejemplares selectos.

No por eso descuida los graves problemas de la hora, y con mucha propiedad insinúa la conveniencia de formar de cada bachillerato su especialidad, desde un principio que sea uno el exigido para los futuros médicos, otro el de los posibles abogados, distinto el de los ingenieros y el de los que se dediquen al comercio, y el bachillerato propiamente clásico.

Es evidente que existen razones para dicha medida. Concede grande y merecida importancia a la formación cívica de los universitarios. Al respecto dice grandes y dolorosas verdades. Propone entre muchas clases nuevas la de Derecho Usual, en que todos reciban los elementos indispensables para la vida ciudadana. De enorme trascendencia social es la medida. Las luchas de la democracia gastan energías y hombres con verdadera furia. Si es cierto que los jefes no se improvisan, cada ciudadano debe estar dispuesto a servir de jefe cuando la salud de la Patria lo exija o cuando los de mayores conocimientos han caído ya.

Sin desconocer los derechos de los estudiantes, pide mayor seriedad y consagración para que los estudios sean fecundos.

En fin: es un estudio muy encomiable.

Consideramos que de acuerdo con las bases del concurso, merece diploma correspondiente a la mención honorífica.

Lo firma: *Marcelo*.

Al abrir la cubierta se halló el nombre de *Luis Escobar Naranjo*.

LA ESCUELA PRIMARIA

Consideraciones generales sobre la escuela primaria y nuestros sistemas de enseñanza.

Pertenece a la misma tendencia de llevar la acción pedagógica en un todo a la vida social, con la mira de formar ciudadanos útiles y no desadaptados.

Hace un estudio bastante completo de los defectos del plan de estudios de nuestras Escuelas Normales y de los vicios que afectan en gran parte la enseñanza primaria. En seguida propone en forma de conclusiones de lo expuesto, una serie de reformas en mucho aceptables.

Acentuando la necesidad, justificada por la ciencia y por los ejemplos dolorosos de civilizaciones en bancarrota, de consagrarle la debida importancia y primacía, como es debido, a la enseñanza religiosa, de acuerdo con las normas católicas, pide en lo demás una transformación que enfoque las actividades hacia el trabajo y que llegue a la escuela-taller, a la granja-escuela, en una palabra, a la Escuela Social. Acertadamente le otorga lugar de preferencia en la realidad a los centros educativos agrícolas que eviten la despoblación de los campos y la congestión de las ciudades, que son plaga de los días que corren.

Escrito con serenidad y con aquella difícil facilidad encomiada por los grandes maestros del siglo de oro.

Firma: *Remy*.

Nombre verdadero: *Joaquín G. Ramírez*.

Se le señaló el segundo premio.

EL MAESTRO DEL CIEGO

Es un método graduado para la enseñanza de la lectura a los ciegos.

Su autor ha querido contribuir con este bello presente a la gran obra de la enseñanza de anormales, que viene ya preocupando a nuestra Asamblea Departamental.

Lo hace con sencillez y agilidad. El estilo, didáctico y conciso.

No puede exigirse completa originalidad en un ramo de esa índole.

Creemos debe honrarse el noble anhelo de quien por ese camino contribuye a que se vayan formando entre nosotros los especialistas para cada materia.

No debe ser su autor ningún modesto cultivador de la rutina, sino un espíritu sanamente investigador y que comprende que ser maestro es ser apóstol y vivir en perpetua conquista de verdades para la inteligencia de sus hijos espirituales.

Nos parece de justicia concederle diploma de segunda clase y mención honorífica.

Firma: X. X.

Abierto el sobre: *Francisco L. Hernández B.*

Dejamos en esta forma cumplida nuestra misión que, por razones obvias, sólo pudo ser desempeñada modestamente y según nuestro leal saber y entender.

Del Sr. Rector, atentos SS.,

FRANCISCO DE P. PÉREZ.

MIGUEL M. CALLE.

ENRIQUE URIBE O., Pbro.

I

PATOLOGIA DE LA PUBERTAD

REFIEREN las dulces leyendas de los árabes que un derviche trocaba placentero sus camellos cargados de oro y piedras preciosas por la cajita misteriosa que escondía el unguento mágico que aplicado a los párpados, revelaba a la vista los tesoros ocultos en la entraña de la tierra. El grave historiador Macaulay no halla exageración, al explanar la anterior anécdota, en cambiar cualesquiera ventajas exteriores a la lucidez espiritual del pueblo ateniense, pueblo que era tan guerrero como esteta y tan práctico como idealista. En verdad aquella civilización es, aun hoy, rico venero de enseñanzas que a despecho del tiempo, brillan en el cielo de la historia como una aurora sonriente y un ejemplo perdurable.

Débese ello al prodigio de la educación integral y harmónica que así pulía las facetas del espíritu como vigorizaba el músculo, mediante el sabio programa que gallardamente esboza la sabia pluma del crítico inglés:

“Por lo demás, los libros no representaban el principal papel en la educación de los ciudadanos atenienses, como podemos ver si nos trasladamos con el pensamiento a su admirable ciudad. Imaginemos que nos hallamos en ella en los tiempos de su mayor grandeza y poderío: la multitud se agolpa junto a un pórtico y contempla con admiración su cornisa: Fidias está en lo alto colocando un friso cincelado por él. Entramos por una calle: un rapsodo recita; hombres, mujeres y niños lo rodean curiosos y anhelantes, y estrechan cada vez más el círculo en que se mueve; la emoción del auditorio es grande, las miradas no pierden un solo movimiento del actor, las respiraciones se contienen para escuchar; las mujeres se affigen y llo-

ran, el rostro de los hombres se contrae: es que relata la escena tan terrible aquella en que Príamo cayó de rodillas a los pies de Aquiles y le besó las manos, manchadas todavía de la sangre de sus hijos. Llegamos a la plaza pública; Sócrates rodeado de gran número de jóvenes que lo escuchan, disputa con el famoso ateo de Jonia, y en corto espacio lo hace contradecirse en los términos mismos de su razonamiento. Pero hé aquí que una voz nos interrumpe: es el heraldo que grita: 'Paso a los Pritáneos'. La Asamblea se reúne. Llega el pueblo de todos los extremos de la ciudad. Se oye la pregunta de '¿quién quiere hablar?' Aplausos unánimes y atronadores resuenan ensordeciendo el aire; luégo se hace un silencio sepulcral en todo el recinto: Pericles sube a la tribuna. De allí va el pueblo a asistir a una tragedia de Sófocles; más tarde, los escogidos se dirigen a casa de Aspasia. No sabemos que exista en los tiempos modernos universidad ninguna que posea tan brillante programa de enseñanza."

Quizás un noble optimismo nos haga pensar que una educación bien entendida resuelva en lo porvenir los numerosos problemas económicos y sociales que agitan en estas aciagas horas a la especie humana; es por ende justo y útil que los gobernantes se den cuenta exacta de la responsabilidad que pesa sobre ellos, si no buscan los medios adecuados para llenar fielmente su misión. Quienes se interesan por la bienandanza común, saben muy bien que es el niño promesa viva y rica, si se le forma debidamente, esto es, si se da a sus facultades una dirección que no pugna con su naturaleza sino que, siguiéndola de cerca, la corrija y oriente.

De esta convicción ha nacido la Pedagogía experimental la que, partiendo del estudio del individuo, investiga la formación que es precisa; ya la escuela no es el salón estrecho donde se da una misma instrucción a centenares de alumnos; ya el estudiante no tiene que amoldarse al método, sino éste a aquél, ni instruir equivale en un todo a educar; antes bien el maestro, llevando en la mente la luz de la Psicología y ayudado por el médico, desciende al fondo del alma

para buscar allí ignorados tesoros, valiéndose de lógicos y claros procedimientos.

La Psicología, noble disciplina que por muchos siglos desdeñó pisar la tierra; que moró como Ariel en las regiones etéreas e impalpables, ha descendido en estos tiempos, mas sin perder su carácter augusto, a la escuela y al laboratorio para descubrir por medio de las pruebas psíquicas las capacidades humanas. Así, la ciencia que se consideraba meramente especulativa, se ha tornado práctica y sirve al pedagogo como al jefe de taller, al gobernante como al general de un ejército. Obra es ésta del afán moderno por dar solución a las múltiples cuestiones que el auge de las industrias plantea en estos momentos de angustia que siguen a la guerra de las naciones.

“Los cerebros poderosos, dice sabiamente el Dr. Decroly, que en cada país emprendieron la dura labor de alcanzar la victoria en provecho de su pueblo, comprendieron pronto que, si la fuerza esencial de una nación armada se encontraba ante todo en el valor moral de los individuos del ejército, no era menos cierto que la ciencia de los estados mayores, el valor técnico de la maquinaria, la resistencia fisiológica de las unidades combatientes y la mejor utilización del material humano, desempeñarían también papeles importantes en la lucha sin piedad de las dos civilizaciones en pugna.

“La victoria, como en la *struggle for life*, debía ser para el más apto, ¡para el más fuerte! Y el más fuerte, con la plenitud de todas sus facultades, no podría ser sino el más inteligente.”

No es aventurado afirmar que la Psicología dio el triunfo definitivo a los aliados, pues los yanquis, al tomar parte en la colosal contienda, organizaron el servicio psicológico con el fin de clasificar científicamente el personal del ejército y de la marina, y hacer una selección rigurosa, según las aptitudes de cada postulante, para los oficios de aviadores, exploradores, etc. El éxito más brillante coronó tan bella labor.

Con la misma lógica con que el jardinero hábil proporciona sombra a esta planta, luz a la otra,

agua a aquélla y aire a esotra, el pedagogo necesita estudiar al niño y medir sus capacidades para conducirlo por el recto camino; es que, hablando en lenguaje terrenal, educar es adaptar para la vida; por esto entre nosotros son tantos los hombres que yerran sin oficio; forman legión; no hubo quién supiera hallarles su valor positivo, pues la Providencia suministra a cada uno elementos para vivir, así como viste a los lirios del campo y da alas a los pájaros del cielo.

Inmensa es la utilidad de la Psicología escolar; bien dirigida, refluye de manera benéfica en el individuo como en la sociedad, pues, descubriendo las energías del escolar, las encauza convenientemente. La escuela viva desarrolla y educa en conjunto; crea el hábito de la observación, concentra la atención, despierta los órganos de los sentidos y madura el raciocinio. De manera que el joven que en estas condiciones entra en una profesión, sea liberal o servil, está preparado para ella.

Nadie ignora que cada oficio requiere dotes especiales: el matemático ha menester poder de análisis; de abstracción y generalización el filósofo; sentido estético el artista; facultad calculadora el negociante; espíritu paciente y razonador el que cultiva las ramas experimentales; oído delicado el músico, y vista bien desarrollada para percibir formas y colores, el pintor y el grabador. *The right man in the right place*; cada hombre en su lugar; es ésta la fórmula que consulta la mejor producción en el menor tiempo posible; quien ama un oficio trabaja en él con eficacia.

“El hecho más saliente, anota Mlle. Joteiko, citada por los autores del importante libro *L'Orientation Professionnelle*, que se desprende de los estudios modernos de Psicología, es la medida experimental de las aptitudes. Estos trabajos interesan a todo el género humano y tienen un valor social considerable. *Tomando las aptitudes como punto de partida es como se llegará a constituir las bases científicas de la educación.* Esta determinación de las aptitudes es completamente nueva. No se trata solamente de conocer las leyes generales, de saber cómo obra el hom-

bre, cómo piensa y siente, sino de determinar los diversos tipos y las diferencias individuales.”

*
* *

Al abandonar la Pedagogía el empirismo, esto es, al convertirse en ciencia, ha buscado la Medicina como a su mejor compañera; unidas estudian al hombre en todas sus fases; aquélla sondea los más hondos arcanos del alma; ésta, gracias a los nuevos derroteros filosóficos de la Patología General, va tras la causa de las perturbaciones de la salud, no tanto en los órganos como en las relaciones con las funciones generales; ambas se han elevado y mutuamente se han eunoblecido, y como de la Terapéutica dijo Bouchard: “será patogénica o no será”, también en la hora presente podemos y debemos exclamar: “la Pedagogía será psicológica o no será”. Esa Didáctica sin alma que trasmite conocimientos por métodos más o menos lógicos, sin atender al poder receptivo del educando, ni a su temperamento y vocación, ha dejado de ser en los países donde se va hacia un progreso integral.

Cuanto hemos enseñado nos hemos dado cuenta, más o menos consciente, de la curva que describe el desarrollo intelectual del niño y que para su mayor o menor intensidad está sometido a causas varias, ora intrínsecas, ora extrínsecas. El institutor menos avisado nota cómo las facultades espirituales decaen cuando se presenta una enfermedad, por leve que sea; una cefalea, un dolor de muelas o un cuerpo extraño en las vías respiratorias perturba la atención, que es el freno del espíritu; es axiomático que los trabajos de la inteligencia requieren absoluta bienandanza.

Hay períodos en la vida, asaz delicados, en los cuales se produce una mayor vulnerabilidad del organismo y es éste como terreno arado para los agentes patógenos. Así en las épocas de mayor crecimiento (infancia y pubertad) son comunes numerosas enfermedades que conviene prevenir con un régimen adecuado; días de crisis agudas, cuyos resultados pueden ser funestos si no se acude con un tratamiento oportuno.

La pubertad es quizás la época más seria en la existencia; implica una transformación absoluta; trae consigo una conmoción que se verifica directamente en el alma y en el cuerpo y aun puede despertar enfermedades que permanecían latentes; entonces la herencia surge imperando con todo el séquito de sus taras funestas.

Sin adivinar los motivos, centenares de maestros y padres habrán notado cómo el niño que en la escuela primaria es dócil, amable y aplicado; que se lleva las más verdes palmas en los actos públicos, por cuanto llena todos sus deberes; que se distingue por la comprensión rápida y por la memoria vivaz y es, según general opinión, una promesa para la patria, al entrar en el segundo o tercer año de colegio, ese ejemplar de estudiantes se cambia totalmente; la medalla se ha invertido sin que nadie sepa la causa.

Ya es un joven que presenta estos signos: notable crecimiento, palidez en el rostro y cambio de la voz, en lo fisiológico; en lo psíquico: dispersión de la atención, debilitamiento de la memoria, pereza para todo trabajo y cierta inestabilidad acompañada de aspereza de carácter. Ante este cuadro, padres y educadores, ignorantes de la fisiología, protestan por la mala conducta del hijo o discípulo; creen que la pereza es criminal indolencia y, como remedio, vienen los castigos y reprensiones; no saben que el muchacho sufre inmensamente sin que pueda explicarse; que no estudia porque no es capaz y como por una defensa que él mismo se proporciona, sin quererlo; es el grito instintivo de la naturaleza que reclama descanso justo y compensador.

Problema grave es éste que no ha sido suficientemente estudiado, pues los pedagogos, si lo tratan de manera transitoria, no han dado la solución debida.

Rousseau, en el *Emilio*, con intuición admirable, diserta largamente al respecto; aunque su exposición es difusa y las soluciones que apunta no son prácticas, pues su sistema educativo es utópico, al menos sí se dio cuenta de la gravedad de tan serio asunto y algunas de sus observaciones son oportunas.

“Mas, se pregunta el pedagogo de *Emilio*, ¿qué

determinación se ha de tomar? No queda aquí otra alternativa que favorecer sus inclinaciones o combatir las: ser con él condescendiente o tirano; y tan peligrosas consecuencias acarrearán ambas, que hay que titubear mucho para la elección.”

Ni lo uno ni lo otro, decimos nosotros; basta buscar un sistema racional que favorezca el desenvolvimiento del niño sin que se le fuerce a un trabajo excesivo o impropio en tan críticas circunstancias; debemos apartarlo del abismo, no lanzarlo a él.

Propone con acierto el filósofo de Ginebra que en la edad de la pubertad se dedique al joven (Emilio) a una ocupación atractiva que desvíe la imaginación de las cosas que puedan exaltarla. El autor quiere que se elija la *caza*, la cual, aunque “endurece no menos el corazón que el cuerpo y acostumbra a la sangre, a la crueldad”, afina la atención y robustece el cuerpo.

“A Diana, agrega, la han hecho enemiga del amor, y la alegoría es muy propia: los delirios del amor sólo en un blando sosiego nacen; un ejercicio violento sofoca los afectos tiernos. En las selvas, en los sitios agrestes, son tan distintas las impresiones del amante y del cazador, que los mismos objetos les presentan imágenes completamente distintas. Las frescas sombras, los cotos, los suaves albergues del primero retratan al otro ojeos, batidas y jarales; donde el uno no oye más que pastoriles flautas, ruiseñores y dulces trinos, se figura el otro las trompas y gritos de los cazadores; uno imagina dríadas y ninfas; otro picadores, jaurías y caballos. Pasead por el campo con estos dos hombres de tan distinta especie; por la diferencia de su estilo, luégo echaréis de ver que no tiene para ellos la tierra igual aspecto, y que tan diferente es el giro de sus ideas como la índole de sus gustos.”

Gaston Richard toca también lo relativo a la crisis de la pubertad y habla con vehemencia de los trabajos del célebre alienista Marro, quien rechaza la hipótesis de la *hebefrenía* o locura de los adolescentes, pero sostiene que hay tres clases de psicosis de la pubertad y que la herencia estimula la aparición de éstas. Doctos psiquiatras sustentan la opinión de la

hebefrenía; no somos nosotros los autorizados a decidir tan arduo punto; baste para nuestro intento citar conceptos de sabios auténticos que respalden nuestras modestas pero bien intencionadas opiniones, y disimulen nuestra deficiencia.

*
* *

Paul Courmont sintetiza de la siguiente manera el cuadro clínico completo que presenta la pubertad: “Se caracteriza la adolescencia por una faz de crecimiento y por la fijación de la pubertad con todas las consecuencias de las transformaciones del organismo en este momento.

Como todas las crisis fisiológicas, ésta puede determinar la aparición de enfermedades cuyo germen existía ya a consecuencia de una infección de la infancia (tuberculosis) o de un estado de menor resistencia de ciertos órganos. Esto explica la frecuencia de las enfermedades osteoarticulares de la adolescencia, la clorosis especial en esta edad, y todas las otras enfermedades que se desarrollan bajo la influencia de estas nuevas condiciones.

Muchas enfermedades heredo-familiares no se desarrollan sino en la adolescencia aunque el germen de la enfermedad existiese desde la concepción.

La utilización intensiva de los fosfatos y de las materias minerales durante la adolescencia (crecimiento de los huesos) y en la pubertad explica la predisposición a una tuberculización rápida: el individuo debe gastar todas las materias fosforadas y minerales en su crecimiento y desarrollo; toda vez que el organismo en vía de crecimiento no puede bastar a la desmineralización que impone una tuberculosis que se inicia, según lo ha demostrado M. Teissier. La adolescencia será también la edad de las diabetes agudas, de las consunciones rápidas y principalmente de la diabetes fosfatúrica y azotúrica de los jóvenes (Teissier).

La etiología de las enfermedades se torna igualmente especial desde esta edad. Es la edad del principio de las intoxicaciones profesionales; la edad predilecta de las enfermedades venéreas; en fin la edad del

surmenage, sea intelectual, sea físico, de los excesos de toda clase que se producen sobre todo cuando la máquina humana, a la vez formada y aun frágil, es apta para soportarlos. Encontramos también en esta edad una mayor frecuencia de ciertas enfermedades epidémicas (meningitis epidémicas, paperas, fiebre tifoidea) que sobrevienen en las aglomeraciones causadas por las escuelas, el servicio militar y el amontonamiento en los cuarteles. Otras infecciones participan ya de la predisposición especial de la infancia, ya de la resistencia adquirida por la edad adulta. La tuberculosis se muestra frecuentemente en los jóvenes y reviste formas graves. Finalmente, bajo las influencias precedentes se desarrollan enfermedades nerviosas, aparecen casos de locura precoz, de delirio de la pubertad, etc.”

*
* *

La endocrinología, bella conquista de la medicina moderna, con sus estudios experimentales demuestra que las glándulas de secreción interna funcionan sinérgicamente, esto es que cuando una se altera, repercute su trastorno en las demás.

Los trastornos de las glándulas endócrinas se reducen a tres clases: exceso de actividad o *hiperfunción*; disminución o represión de ella, ésta es la *hipofunción*, y por último la *disfunción* que consiste en una inestabilidad funcional.

Las perturbaciones del sistema glandular endócrino se reflejan de manera notable en el desarrollo físico y psíquico del niño, sobre todo en el crecimiento y morfología del cuerpo, en el sistema nervioso y en el metabolismo.

Es la pubertad época especial de trastornos endócrinos por cuanto en ella inician sus funciones glándulas que permanecían latentes (testículo y ovario); desaparecen otras como el timo; las demás trabajan exageradamente para armonizar con las recientemente aparecidas, suplir a las que se atrofiaron y atender al gran metabolismo del calcio y de los compuestos fosforados, que el organismo necesita principalmente para el desarrollo del esqueleto y del sistema nervioso.

A estos factores fisiológicos de desequilibrio importa agregar las tres causas que apunta Mc. Carrison como generadoras de trastornos endócrinos, a saber: nutritivas, infecciosas y tóxicas, y psíquicas, las que actúan con notable frecuencia en la pubertad.

De la doctora Montessori son estas palabras:

“Que el organismo está enlazado en sus transformaciones con funcionalidades de glándulas específicas, nos lo demuestra el *desarrollo púber* que consiste en una serie de transformaciones de todo el *organismo*, pero acompañada de la funcionalidad de glándulas antes inmaduras: las glándulas genitales (ovario y testículos). También entre éstas y el conjunto de las glándulas formativas existe una simpatía funcional, de suerte que, lesionadas las glándulas de secreción interna, las genitales, no llegan, generalmente, a su desarrollo normal (infantilismo).”

*
* *

Nos consta por observación directa que muchos escolares se quejan frecuentemente de dolores de cabeza, sobre todo en los años de crisis puberal. Ignorábamos que tal dolencia pudiera tener origen pituitario, como lo demuestra el doctor Stephen Chauvet en un importante estudio acerca de la *misteriosa cefalea llamada de crecimiento*, del cual copiamos estos párrafos:

“Entre el comienzo de la pubertad y de la adolescencia es cuando se ve sobrevenir en numerosos muchachos del sexo masculino la tan terrible cefalea de crecimiento.

Preséntase casi todos los días, se refuerza a menudo al finalizar el día, ofrece ciertas particularidades, que más adelante estudiaremos. Alarmados por la tenacidad de estos dolores de cabeza, los padres consultan; ante la impaciencia de los primeros tratamientos seguidos, no tardan en pedir consejo a diversos médicos, y a partir de entonces hállanse en presencia de los más variados diagnósticos, algunos de los cuales los llenan de inquietud”.

La Patogenia de dicha cefalea queda esclarecida por el docto profesor en estos términos:

“Para que el crecimiento se efectúe de un modo normal, es necesario, en efecto, que en el momento en que la osteogenesis está en su lleno, la secreción interna de los testículos desempeñe su papel normal, es decir, que tenga en freno, si así puedo expresarme, al lóbulo anterior pituitario.

“Por esto, cuando hay insuficiencia primitiva de los testículos, este lóbulo abandonado a sí mismo, se exalta y se convierte secundariamente en centro de hipertrofia y de hiperplasia glandulares determinando una hipersecreción. Así tenemos que el crecimiento es excitado y los sujetos atacados de estos trastornos, alcanzan una grande estatura, aunque sin convertirse en verdaderos gigantes, como en el caso en que hay hiperpituitarismo anterior primitivo.

“Como quiera que sea, en todos estos casos de trastornos del desarrollo somático debidos a la hipertrofia hipofisiaria, esta última se produce con bastante rapidez, tanto que la cápsula de la hipófisis no tiene el tiempo de desarrollarse paralelamente. De ello resulta la cefalea, debida simplemente a esa dilatación anormal de la envoltura glandular. Esta patogenia no es una hipótesis imaginativa”.

*
* *

E. Régis, al estudiar las psicosis de la pubertad, afirma que su “evolución coincide casi siempre por parte del cuerpo con particularidades significativas que importa por este motivo buscar cuidadosamente en semejante caso: brotes de crecimiento, localizaciones dolorosas en los cartílagos epifisarios, cefalea, perturbaciones respiratorias, gastrointestinales, cardíacas, vasomotoras, dificultades de las primeras reglas, pérdidas seminales, etc.”

En concepto del Dr. Miguel Jiménez López, aumenta cada día en Colombia la frecuencia de las psicosis juveniles (formas confusas y estados demenciales).

En Antioquia, cuya población se considera como la más vigorosa del país, hallamos los siguientes expresivos datos estadísticos:

ENTRADA AL MANICOMIO DEPARTAMENTAL

AÑOS	TOTAL	DE 16 A 20 AÑOS
1917	151	26 17.2%
1918	160	De 12 a 20 años, 29—18.1%
1921	230	De 10 a 20 años, 20— 8.7%
1922	269	De 10 a 20 años, 37—13.7%
1923	221	De 10 a 20 años, 36—16.3%

En los tres últimos años tenemos:

720 locos: De 10 a 20 años, 93.—12.9%.

Esta cifra es bastante elocuente y nos parece por tanto que apoya la tesis que sostenemos.

*
* *

Afección muy generalizada es, sobre todo en las mujeres, el histerismo, de cuya etiología dice el doctor Guillermo Osler:

“Entre las causas predisponentes, hay dos que tienen importancia: la herencia y la educación. La primera obra creando en la niña una organización voluble y dotada de una sensibilidad nerviosa anormal.

Así, los casos de histerismo son más frecuentes en las familias en que hay una predisposición neuropática marcada y cuyos individuos han sufrido neurosis de diferentes clases. Por otra parte, la educación doméstica muchas veces es incapaz de inculcar el hábito del dominio de sí mismo, y la niña llega a la adolescencia con una idea enteramente errónea de sus relaciones con los demás, y con la costumbre de que se le satisfagan todos sus caprichos, y de que cualquiera de sus aficciones, aun las más triviales, sean objeto de una simpatía superabundante, y, finalmente, llega a convertirse en una mujer con una organización moral inadecuada para resistir los cuidados y preocupaciones de la vida diaria.

Si va a un colegio entre los doce y los quince años, período el más importante de la vida, cuando las energías vitales están absorbidas por el rápido desarrollo del cuerpo, se ve obligada muchas veces a trabajar extraordinariamente para sus exámenes, y permanece recluída durante seis u ocho horas diarias en

los locales cerrados de las clases. El resultado harto frecuente de estos factores es un espíritu activo y brillante, en un cuerpo débil, mal adaptado para subvenir a las funciones a que está destinado, fácil de perturbar, y dotado de la tendencia a reaccionar de un modo anormal a los estímulos ordinarios de la vida”.

El doctor Gonzalo R. Lafora, autor de la preciosa obra *Los niños mentalmente anormales*, afirma que “el histerismo no llega nunca, sin embargo, a ser tan común como en la pubertad, época en que, por la entrada en función de los órganos sexuales, se exacerbaban las circunstancias que favorecen las manifestaciones del estado patológico del histerismo”.

Sombrío va resultando el cuadro clínico que, apoyados en cuanto hemos observado en muchos años de trabajar con alumnos normales y anormales e ilustrados por graves doctores, nos hemos propuesto trazar, aunque con torpe mano. Ni se podrá decir que exageramos, pues ello es verdad que ciertas perturbaciones que por lo muy sutiles se escapan al educador más sagaz, las frecuentes desatenciones en clase y las fugas de la escuela, son signos elocuentes que anuncian una perturbación que más tarde será una epilepsia o cualquiera otra enfermedad grave.

Nada hay inútil en el fondo de psiquis, dijo un gallardo pensador; es cierto esto y necesario ante todo que lo sepan maestros, médicos y padres de familia. Ellos, como el descubridor, han de estar atentos a toda hora aguardando el más leve indicio que les revele el continente espiritual que yace dentro de un alma.

*
* *

No conceptuamos que la raza americana esté aquejada de las mismas dolencias que las extranjeras, ni el punto que estudiamos está revestido de la misma gravedad aquí que en otros países de civilización más alta y vida más agitada. Pero la Pedagogía científica, como la Legislación y la Medicina, ha de ser previsoras, y no hay que olvidar que voces muy autorizadas han dado en Colombia el alerta de que decaemos o estamos en vísperas de una declinación prematura. Si es que queremos culminar en el mundo,

preparemos para ello a las generaciones que se levantan, por medio de la escuela activa en la cual brillen la moralidad, la higiene y los métodos científicos.

Nadie negará que la alarmante propagación de la sífilis y del alcoholismo es ya un hecho, y que tan terribles factores están iniciando la no muy distante degeneración; fuerza es que se elimine cuanto amenaza la vida de los asociados. Probado se está que los días del pubescente son anormales y que en consecuencia necesita cuidados y tratamiento especiales, pues de lo contrario le esperan la muerte o muy incierto porvenir. Bien podemos asegurar que si dobla felizmente ese “cabo de las tormentas” ya la “buena esperanza” de una existencia sana y normal le sonríe.

Opinamos que la crisis de la pubertad produce en el escolar un retraso intelectual transitorio. R. Cruchet habla de la *arriération* del crecimiento. En dichas circunstancias los alumnos se tornan altivos, inestables, desatentos; se rebelan contra los superiores; claman por una libertad excesiva, y muy comúnmente huyen de la casa, faltan al colegio y les viene el ansia de viajar (dromomanía); si estudian, lo hacen sin entusiasmo, y aunque ganen los cursos, la intensidad de los conocimientos adquiridos rebaja por lo menos en un cincuenta por ciento.

Es natural, en fuerza del conato biológico, que cuando la curva del desarrollo corporal se eleva, descienda la del intelectual; el ritmo fisiológico es como una balanza de precisión que, puesto un leve peso en un plato, se alza el otro y se desvía el fiel.

El competente psicólogo doctor Luis López de Mesa comprobó que el muchacho bogotano se estanca en sus conocimientos hacia la edad de catorce años, volviendo o aumentando el caudal de ellos a los veinticinco. Nuestro compatriota se sirvió para sus experimentaciones del texto y de las escalas de Yerkes-Bridges-Hardwick, cuyo método de *puntuación* permite establecer grados y diferencias más finas entre los examinados que el de Binet-Simon; se obtiene por aquel procedimiento un resultado cuantitativo. El concepto de López de Mesa tiene por lo tanto un valor técnico.

También se perturba el sentido moral de los púberes, pues, según indicación muy juiciosa de Gonzalo R. Lafora “se observan de vez en cuando casos de individuos con antecedentes neuróticos, pero de conducta normal, y que al llegar a la crisis de la pubertad presentan una perversión temporal del sentido moral. Estos casos empiezan por cometer ligeros atentados contra la propiedad (cleptomanía), los cuales pueden tener consecuencias variadas sobre el sujeto, según la clase social a que éste pertenezca. Otras veces producen conflictos en los colegios o universidades, cambiando bruscamente su anterior buena conducta, o bien contraen deudas y despilfarran locamente su dinero.....”

Aunque frecuentes estos casos, agrega el precitado autor, la curación viene espontáneamente al pasar la fatal crisis.

Mencionamos a la ligera la tan llevada y traída *psicoanálisis de Freud* quien, basado en el análisis asociativo, ha ideado una doctrina según la cual los *complejos*, esto es, ideas y recuerdos desagradables que duermen en las capas de la subconsciencia, se asocian y elaboran de manera enérgica en los momentos en que la actividad consciente está aminorada, y se traducen en palabras o en hechos extraños para el mismo sujeto.

Freud desenvuelve su teoría psicológica al rededor de las ideas sexuales, y, según él, muchas neurosis tienen por causas la excitación genésica.

Aceptan unos, rechazan otros, los estudios psicoanalíticos, a los que nos referimos incidentalmente; pero no prescindimos de citar los siguientes conceptos del doctor Luis Merzbacher, argentino, quien dice que la psicoanálisis es “un fiel indicador para penetrar en el interior de la psiquis humana, nos da la llave para el conocimiento de muchos estados patológicos, hasta hoy desconocidos en su evolución patogénica; se nos ofrece como puente de entendimiento entre enfermo y médico. Lo último es, según mi opinión, un factor de suma importancia: nada alivia tanto la psiquis atormentada del psiconeurótico, como el sentimiento de verse entendido. Sin entendimiento

no hay curación. El psicoanálisis, no hay duda, es un factor terapéutico algo más poderoso que los hasta ahora usados: los tónicos, las inyecciones hipodérmicas, el masaje, la electricidad, los baños fríos o calientes”.

*
* *

Si los individuos cuyo desenvolvimiento es normal están expuestos a enfermedades en el tiempo de la pubescencia, con tanto mayor razón los anormales, cuya existencia precaria se desliza penosamente; entonces estos enfermos sentirán reagravarse sus anomalías, y aun morirán si no se les atiende debidamente.

Es indispensable organizar casas de reforma autónomas para los atrasados profundos y escuelas auxiliares para los leves. Nuestra raza, joven aún, no da muchos candidatos para el hospicio, pero sí tenemos, como es natural, numerosos niños a quienes degeneran la herencia, la miseria o la falta de una escuela viva.

Siendo la salud un concepto, si se quiere convencional, para expresar un equilibrio más aparente que real en las funciones fisiológicas del hombre, no es posible hallar un individuo completamente sano o enfermo. Así los términos *anormal* y *normal* tienen mucho de relativo; luego no es científico ir clasificando como anormal a cualquiera que presente un estigma leve, sea en lo físico, sea en lo psíquico.

La pedagogía de anormales requiere estudio profundo, fina perspicacia y grandes dotes de investigación.

Del mismo modo que existe un Derecho americano, debe haber también una pedagogía americana; triviales razones étnicas así lo piden.

Las obras extranjeras nos dan normas generales y nos enseñan a observar, pero sería craso error el que, por ejemplo, en antropología aceptáramos ciegamente las leyes extranjeras. Una observación directa y prolongada nos habilitará para fijar bases científicas y propias.

Ni es prudente que nos dejemos arrastrar por delusivas teorías; la psicología escolar cuenta pocos lus-

tros y es fácil que experimentadores noveles pretendan dar una exactitud matemática a los resultados de la psicometría. Se sabe que los actos del espíritu no pueden someterse a medida matemática, digamos como el área de un terreno, nó; lo que se valora es el fenómeno que acompaña al acto psíquico.

Además, la Pedagogía de anormales emplea una terminología varia y complicada; tan hermosas doctrinas están todavía casi en estado nebuloso; la tenacidad con que se las cultiva actualmente traerá una clasificación sencilla, y por ende una nomenclatura más clara. Está comprobado, empero, que la pesquisa psicológica dará más luz que las medidas antropométricas y la inspección de las anomalías del cuerpo; éstas, tomadas en conjunto, son síntomas que revelan al indagador un camino que guíe su mirada escrutadora y nada más. Tales estudios son tan importantes como arduos; no los domina quien sabe términos o toma diámetros y saca índices craneanos y faciales; en región más alta mora la ciencia verdadera.

*
* *

¿Qué son niños anormales? Muchas son las definiciones que se han dado. Conceptuamos más etiológica y completa la de Juan Demoor: “son aquellos que a consecuencia de una debilidad o anomalía espirituales (que proceden de una enfermedad congénita o adquirida más tarde o del pernicioso efecto que circunstancias generales pueden haber ocasionado en el desarrollo del individuo), no pueden ser sometidos al procedimiento educativo ordinario”.

Un anormal es un desadaptado; diversas circunstancias intrínsecas y extrínsecas influyen en la mayor o menor gravedad de su anormalidad; por lo tanto los días de crisis fisiológicas son para él demasiado peligrosos.

La pubertad no aparece de manera uniforme en los diversos climas; precoz, en los ardientes; tardía, en los fríos. En Colombia, país tropical, llega temprano, y por lo que la experiencia nos ha ilustrado, podemos atestiguar que son bastante comunes los casos de precocidad sexual. Entre varios, recordamos

un alumno a quien conocimos en la Casa de Menores y Escuela de Trabajo de Antioquia. Tenía cuando entró en el instituto 16 años; su estatura muy superior a la normal, con relación a la edad; de una nerviosidad extrema que rayaba casi en la corea psíquica; impulsivo, aunque culto y manejable; lascivo en demasía; a los diez años fue púber.

El doctor Miguel Jiménez López, competente juez en estas materias, dice:

“Esa sexualidad precoz y vehemente que distingue al latino-americano del trópico; ese despertar tan prematuro del instinto genital, con aparición de signos puberales—orgánicos y psíquicos—desde los once, diez y nueve años ¿no vendrán a ser simplemente el resultado de alguna hiperplasia congénita de la hipófisis, con exaltación de las funciones correspondientes?”

La zona tórrida posee seguramente condiciones peculiares que influyen de manera directa en el organismo y lo agotan: la carencia de estaciones que dificulta la eliminación, los vientos, la presión atmosférica, débil en las alturas y exagerada en los valles y en las costas, y según algunos profesores, la influencia de los rayos cortos o actínicos del sol que obran enérgicamente sobre el protoplasma celular y ejercen a la larga una acción nefasta, principalmente sobre las células nerviosas.

Oiganse las sabias y elocuentes frases de Castellani & Chalmers:

“Parece que las células del sistema nervioso obedecen a la ley general de que la actividad vital se aumenta con una temperatura más alta, pero solamente hasta cierto límite, desde el cual la actividad funcional se deprime notablemente. Este es el caso en la mayor parte de los europeos, aunque en los trópicos puede ejecutarse una gran cantidad de trabajo intelectual y físico, si se conserva la salud corporal. Los naturales están menos inclinados a experimentar los efectos depresivos de una temperatura siempre alta.

Es posible que esta condición, unida al efecto de los rayos actínicos del sol, pueda debilitar al fin el

poder de los centros superiores sobre los inferiores y producir así las explosiones que Plehn llama 'tropical fury' [tropenkohler], por las cuales expresa los accesos de pasión causados por incidentes triviales. Esto se observa no sólo en los europeos, sino también en los naturales, quienes son inclinados a ejecutar hechos violentos bajo el impulso de un enojo insignificante. Parece que ésta sea una de las causas de los asaltos y crímenes violentos que se cometen en ciertas partes del trópico."

La escuela colombiana es deficiente; múltiples razones hay para afirmarlo sin necesidad de plena prueba, por ser de todos sabido; luego son muchos los atrasados pedagógicos que salen de las aulas en el mismo estado en que entraron, si acaso la escuela no les fue funesta.

No es aventurado pensar que estos sujetos llegarán a tener un déficit psíquico profundo, pues está admitido que un atraso leve, si no es curado en hora oportuna, se torna morbosos, así como se asegura hoy que la úlcera simple se vuelve maligna a la larga. Si esto acaece en naciones donde se educa y donde existen escuelas de enseñanza especial, ¿qué pasará aquí donde reina aún el empirismo y donde la incompreensión más absoluta acaba con los establecimientos que fueron una realidad científica, esperanza de Colombia, y donde las más nobles iniciativas en materia de educación sólo sirven para acreditar a políticos que hacen propios los méritos ajenos?

Si nuestra civilización incipiente no tiene los problemas de otras naciones que declinan, en cambio la falta de eficacia en todos los ramos va anunciando nuestra caída; se han dejado de tratar y resolver ciertas cuestiones sociales con la disculpa de que América no es Europa, como si no tuviesen estas gentes los mismos elementos y las mismas necesidades, aunque en menores proporciones, que las del antiguo continente; nos perderá la falta de previsión.

Si la crisis de la pubertad no es de suyo causa de una anormalidad profunda, sí es indubitabile que las deficiencias anteriores, despiertan si estaban ocultas, o se empeoran si ya se habían manifestado.

Anota Demoor al referirse a la clorosis y a la anemia que, “la frecuente aparición de esta enfermedad y la incontestable influencia que en su producción ejercen las condiciones generales de la vida, exigen cuidadosa vigilancia de los niños en la época de la pubertad. En este período se les debe proteger contra el exceso de trabajo y contra la vida hacinada del pensionado, etc., pues la enfermedad amenaza siempre a los niños y, si una vez se ha instalado cómodamente en el cuerpo, desaparece muy lentamente y sólo después que, bajo su influencia, han sufrido violentamente las capacidades espirituales.”

La vida está íntimamente ligada al metabolismo; urge procurar porque éste se verifique normalmente; dar de comer no es nutrir; sin estímulos físicos y psíquicos no hay nutrición; la alegría de la mesa a que daban tanta importancia griegos y romanos, obedece a sabias leyes de higiene. Esos infelices presos encerrados como fieras en celdas silenciosas, mueren de inanición, aunque se les pongan en la mesa manjares más exquisitos que los de Heliogábalo.

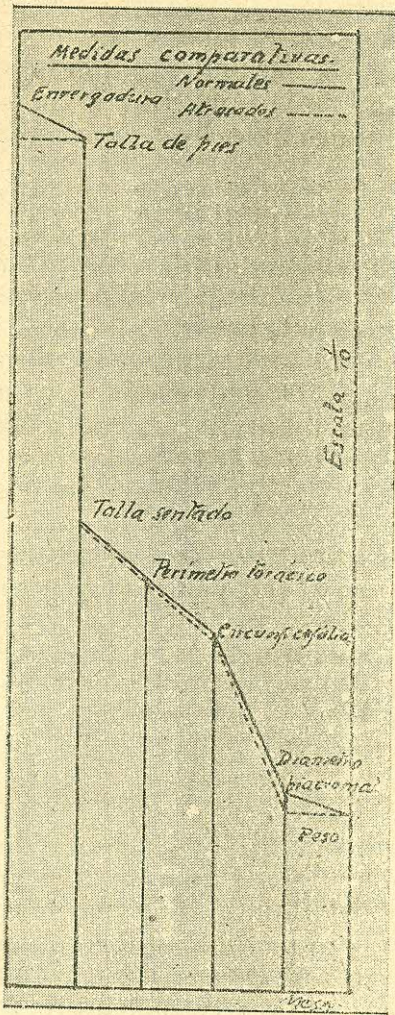
La pereza, tan mal entendida por los maestros, suele ser de origen patológico; en muchas ocasiones los anormales lo son por mala nutrición, de aquí que el desenvolvimiento de sus órganos sea irregular. Además hay muchos que “como sorprendidos por la rápida evolución de su organismo, se arrastran fatigados y somnolientos sobre los bancos de la escuela, sin preocuparse por las instrucciones que les da el profesor.”

Consta que el crecimiento de los anormales no es uniforme, pues se apartan ya más, ya menos, de la gráfica ordinaria, “como si fueran irregulares en el empuje biológico de su organización, que demuestra ya hipergenesia, ya hipogenesia.”

La estatura es en antropología pedagógica el dato más importante por representar el índice del crecimiento.

Para comprender mejor las diferencias antropométricas entre adolescentes normales y anormales, copiamos la comprensiva gráfica de Ley que sintetiza

comparativamente todas las anomalías somáticas de los últimos:



Clara resulta la inferioridad de los *arriérés*: la envergadura, las tallas de pies y sentados, inferiores, como también los perímetros torácico y cefálico. En lo que se nota mayor desnivel es en el diámetro biacromial. El peso resulta también menor.

Queda comprobada la inferioridad física de los atrasados, y como ésta se refleja en el psiquismo, es

conducente velar para que el desarrollo se efectúe en buenas circunstancias higiénicas.

Las observaciones de Augusto Ley se refieren a niños de 6 a 14 años. El mismo autor anota que entre los individuos examinados por él no encontró casos de precocidad en la pubertad; no sucede lo mismo en esta zona, donde como lo hemos enunciado, son muy frecuentes.

Como ejemplo de retardo genésico, entre otros, recordamos a un discípulo de la Casa de Menores: heredo-sifilítico, hipotiroidiano; a los 14 años de edad en que fue observado por la primera vez, presentaba todos los caracteres de la imbecilidad: amnesia profunda, dislalia, asta-siabasia, desatención, imaginación pésima; sus antecedentes escolares nulos, abúlico, infantil; rostro inmóvil, piel endurecida, platirrí-nico, estatura inferior a la talla media e inteligencia paupérrima.

No son raros los casos de sujetos que en la edad de la pubertad adquieren una estatura exagerada, pero en cambio su déficit psíquico es notable; inquietos, nerviosos y desatentos. Pertenecen al tipo *macroscélico* (piernas largas), admirablemente descrito por la doctora Montessori en estos términos:

“En el otro tipo, el *macroscélico* (en oposición al *braquiscélico*) en cambio, las vísceras de la vida vegetativa son insuficientes y escaso el sistema nervioso central.

“Este hombre comprende, aunque sea inconscientemente, que sus vísceras abdominales no pueden elaborar un alimento abundante y que sus pulmones, no pudiendo absorber la cantidad de oxígeno necesaria, le hacen fatigosa la respiración. Su pequeño corazón no riega todo el cuerpo y está siempre pálido, mientras que su sistema nervioso permanece en continuo erectismo. Nos parece ver a este hombre flaco, que di-jérase anda sobre zancos, con las mejillas hundidas y pálidas y estrecho el tórax, sufriendo de inapetencia y melancolía; nervioso, incapaz de todo trabajo productivo y constante, y dispuesto a fantasear y correr tras vacuas imágenes poéticas y artísticas. Este tipo quizá amará la vida con amor platónico y tal vez pensará en coronar con el suicidio el amor ideal, sin

poder nunca sustraerse a las penalidades de una vida no resuelta económicamente.”

Juzgamos que tal vez puedan incluirse en el gigantismo por trastornos endocrinianos los tipos macroscélicos poco há citados.

De grande utilidad sería que se tomaran periódicamente la talla y el peso de nuestros estudiantes, porque según refieren Castellani & Chalmers:

“Ratray hizo observaciones relativas al peso y al crecimiento de cuarenta y ocho cadetes navales, de una edad de 14½ años hasta 17, en cuatro cambios sucesivos de clima durante un viaje.

“Consideraba que crecían muy rápidamente y perdían peso considerable en los trópicos y que su fuerza y salud eran debilitadas por el calor.

“Estas conclusiones de Ratray son de la mayor importancia, ya que muestran claramente la necesidad (bien conocida), de enviar los niños europeos tan pronto como sea posible a vivir en la zona templada, no solamente por educación, como lo aseguran algunos escritores, sino mucho más por su salud.”

*
* *

Según algunos autores (Montessori, Lexis y otros) la mortalidad en la época de la pubescencia es muy alta; en Antioquia no tiene todavía caracteres alarmantes, como se verá por los siguientes números:

MORTALIDAD

en el Departamento de Antioquia en los años de 1917 a 1921.

CLASIFICACIÓN	TOTALES EN LOS 5 AÑOS	
	Número.	%
<i>Edades.</i>		
Menores de un año	19.564	26-6
De 1 a 3 años.....	14.567	19-8
De 4 a 7 años.....	4.677	6-4
De 8 a 10 años.....	1.678	2-3
De 11 a 20 años.....	4.073	5-5
De 21 a 30 años.....	5.793	7-9
De 31 a 50 años	9.711	13-2
De 51 a 70 años.....	8.280	11-3
Mayores de 70 años.....	5.177	7-0
Totales	73.520	100-0

MORTALIDAD

en el Municipio de Medellín en los años de 1916 a 1922.

CLASIFICACIÓN	TOTALES EN LOS 7 AÑOS	
	Edades.	úmero.
Nacidos muertos.....	358	2-9
Menores de un año	3.338	26-6
De 1 a 2 años.....	1.965	15-7
De 3 a 5 años.....	741	5-9
De 6 a 10 años.....	433	3-4
De 11 a 15 años.....	266	2-1
De 16 a 20 años	327	2-6
De 21 a 25 años	481	3-8
De 26 a 30 años	461	3-7
De 31 a 35 años.....	408	3-2
De 36 a 40 años.....	500	4-0
De 41 a 45 años.....	334	2-7
De 46 a 50 años.....	422	3-4
De 51 a 55 años.....	287	2-3
De 56 a 60 años	432	3-4
De 61 a 65 años.....	308	2-5
De 66 a 70 años.....	414	3-3
De 71 a 80 años.....	567	4-5
De 81 a 90 años.....	353	2-8
De 91 a 100 años.....	117	0-9
De más de 100 años.....	40	0-3
Totales.....	12.552	100-0

*
* *

En el cuadro relativo a Antioquia resulta un 5-5% de mortalidad para el grupo de 11 a 20 años, con relación al total de muertos de todas las edades; si a éste se le agrega el de 8 a 10 años, resultaría un 7-8% para la clase de 8 a 20 años.

Para mejor apreciar la mortalidad en un grupo determinado, debe hallarse el "coeficiente de mortalidad" para ese grupo, o sea cuántos mueren anualmente por cada mil habitantes de una misma edad.

Debemos al Dr. Jorge Rodríguez, eminente hom-

bre público, los siguientes conceptos, los que, dicho sea de paso, no confirman en mucho la tesis pesimista de los que sostienen que la mortalidad es muy alta en el período de la pubescencia:

“*El coeficiente de mortalidad* para el período de 10 a 15 años, es decir, de cada mil habitantes de esa edad cuántos mueren anualmente, es el que indica la intensidad del fenómeno que se estudia y el único que se presta a comparaciones.

ANTIOQUIA (años de 1916 a 1920) $4.9^{\circ}/100$. (Creo este dato bastante aproximado).

COLOMBIA EN 1916

Antioquia	$4.6^{\circ}/100$
Atlántico.....	3.7 —
Bolívar	3.5 —
Cauca.....	2.0 —
Cundinamarca.....	7.2 —
Huila	3.7 —
Magdalena	1.8 —
Nariño.....	3.2 —
Norte Santander	3.9 —
Tolima	4.9 —
Valle.....	2.4 —
	<hr/>
En junto.....	$5.1^{\circ}/100$

Estos datos no merecen confianza. Son deducidos del anuario de Estadística Nacional, 1916–1917; es el último publicado. Faltan varios Departamentos y hay algunos coeficientes tan bajos (Magdalena, Cauca) que puede asegurarse que son erróneos.

Bertillon trae los siguientes coeficientes (1875 a 1880).

Italia	6.4°/100	Alsacia Lorena...	4.1°/100
Francia	4.2 —	Croacia Eslavonia.	8.1 —
Inglaterra.....	4.0 —	Suiza.....	3.9 —
Escocia.....	5.5 —	Bélgica.....	4.9 —
Irlanda.....	3.7 —	Holanda	4.2 —
Baviera	3.3 —	Noruega.....	3.6 —
Austria.....	6.2 —	Dinamarca.....	5.3 —
Wurtemberg..	2.8 —	España	5.9 —
Baden.....	3.3 —	Portugal.....	3.5 —
Finlandia ...	5.0 —	Grecia	5.6 —
Prusia	4.1 —	Suecia	4.8 —

Block & Bodio da como dato general 4.8°/100.

Todos estos coeficientes son ya muy viejos (de hace medio siglo) y es probable que actualmente las cifras correspondientes hayan disminuído con los adelantos de la Medicina y mejores condiciones higiénicas.

Con todo, el número hallado para Antioquia 4.9°/100 no parece muy alto.

Cuando se estudia la mortalidad por edades se encuentra que en todas partes la mortalidad de 10 a 15 años es *mínima*, es decir, más pequeña que en cualquier otro período quinquenal.

En Antioquia había 104,706 habitantes de esa edad en el censo de 1918. El promedio anual de fallecidos de ese grupo ha sido 412 (1916 a 1920). Una diferencia de 1% en el coeficiente de mortalidad apenas equivaldría a 105 fallecidos en más o en menos.”

No todo es sombrío.

ENSAYO

DE UN TRATAMIENTO HIGIENICO - PEDAGOGICO

II ENSAYO

de un tratamiento Higiénico-Pedagógico.

Quien lea espaciosamente las opiniones concluyentes que hemos aducido sobre lo delicado que es para la vida del hombre la crisis de la pubertad, no vacilará en decirse a sí mismo; urge buscar un remedio; no es justo que sigamos exigiendo a los púberes el mismo rendimiento en el trabajo intelectual que hasta hoy se les ha pedido; conviene que se les eduque en esa época, pero de una manera racional, acorde con las circunstancias del organismo y del espíritu y que consulte los altos fines de la moralidad y de la higiene.

De improvisar se motejaría al piloto que levara anclas en el puerto sin haber fijado previamente el camino que hubiera de seguir; el día en que la nave se estrellara contra un arrecife y los tripulantes fueran tragados por las olas del mar, no faltaría quién le tomara estricta cuenta del criminal descuido y le aplicara la sanción correspondiente.

¿Por qué no pesa igual responsabilidad sobre los que tienen el deber de velar por lo porvenir de los que apenas comienzan el viaje de la vida? ¿No corresponde a los padres, a los maestros y al Estado ver que el niño se eduque correctamente para que sea útil a la patria? ¿No es un deber de aquéllos mirar porque el futuro ciudadano oriente sus anhelos por la vía que le señalan sus capacidades? Es innecesaria la respuesta.

*
* *

En cuanto hemos leído, ni los pedagogos, ni los médicos aconsejan un tratamiento que evite los males a que está expuesto el organismo en la crisis de la pubertad. Se reconoce el mal, pero no se ha buscado el remedio. En vista de la importancia de este punto y de la falta de saludables preceptos, pedimos se nos excuse la audacia de hacer algunas indicacio-

nes; si fueren infundadas, ojalá que nuestro desacierto provoque el estudio de este tema a hombres aptos para dilucidarlo; en más de una ocasión fue el error origen de grandes hechos; Colón, creyendo dirigir la proa de sus carabelas hacia la cuna del sol, descubrió la América.

¿Qué medidas deben tomarse para que el niño doble felizmente el lapso que Marro y los alemanes han llamado románticamente “el cabo de las tormentas”?

Vamos a expresar nuestro pensamiento: para que la evolución sexual se verifique en buenas condiciones y el organismo se compense de las energías que gasta en estos días, conviene que el escolar deje transitoriamente los estudios o éntre en un instituto en el cual haya más trabajo corporal que intelectual; porque de lo contrario el desequilibrio vendrá indefectiblemente, y con él las funestas consecuencias; es que la vida del hombre constituye un paso continuo a través de diversas etapas; la de hoy prepara la de mañana; por esto dice bellamente la gran pedagoga italiana que “el que debilita a un niño y hiera la cuerda de su existencia, hace que la vibración repercute en la posteridad”. Además, es ley biológica universalmente aceptada que, en el reposo, las células almacenan los materiales que gastan en la actividad.

Un descanso compensador sería saludable. Al hablar de *descanso* nos referimos al pedagógico, nó a la inercia; queremos que se varíe el trabajo, nó que se abandone; que se tome una faz distinta de la educación, nó que se prescinda de ella, en la cual ha de predominar la *variedad en la unidad*, propia de lo bello. Quien estudia álgebra o geometría, por ejemplo, reposa si alterna estas materias con geografía o historia. El cerebro soporta gran esfuerzo, siempre que haya método para ordenarlo; así se evita el *surmenage* intelectual, el que no es tan frecuente como creen algunos.

La actual distribución de vacaciones nos parece poco científica; los alumnos dejan de estudiar en varias épocas del curso; en ellas pierden por completo el hábito del trabajo, de modo que se borra hoy lo que ayer se escribió. Parécenos que daría mejor resulta-

do repartir las vacaciones en períodos más cortos en los distintos meses del año; así se consultarían los intereses fisiológicos e intelectuales de los educandos.

Sin pensarlo, se está fomentando la pereza en nuestros establecimientos de educación con los numerosos y mal repartidos asuetos y con la demasiada importancia que se da a los deportes, pues éstos, cuando exigen excesivo gasto físico, debilitan, es natural, las facultades mentales. Necesaria y saludable es la educación del cuerpo, pero conviene que vaya armonizada con la intelectual y la moral; los atletas son temibles para una sociedad culta; pasaron los tiempos en que era elegido rey el varón más corpulento: Cómodo deshouró a Roma; Marco Aurelio le dio inusitado esplendor como filósofo gobernante, y recuérdese que el épico Páez y su legión de centauros se sentían subyugados por la mirada vivaz y dominadora de nuestro excelso Libertador.

La gimnasia respiratoria y los trabajos manuales, contando entre éstos los agrícolas, desarrollan, dan vigor y moralizan de manera suave y eficaz: ganan los músculos, la imaginación se aquieta, se fija la atención y despiertan los órganos de los sentidos; además, el juego espontáneo, por ser una manifestación personal, sirve al institutor para conocer al discípulo en toda la plenitud del carácter.

En nuestro régimen escolar, a los doce o trece años termina el niño, si ha asistido normalmente a las aulas, los estudios primarios, esto es, en vísperas de la gran crisis. Padres y maestros no piensan sino en que vaya al Colegio hasta terminar una carrera; el diploma de doctor hace delirar las familias; nadie se ha preocupado por observar las facultades, inclinación y salud del educando; que estudie en su pueblo o mejor en una universidad o colegio de la capital; que eche sobre sus hombros una carga que sólo Dios sabe si la podrá llevar. No hay más prueba de sus disposiciones que las empíricas notas y los certificados que se estilan entre nosotros.

Se inicia felizmente el muchacho; bien o mal se adapta al nuevo medio; mas, de pronto, como el viajero que va en tren, gozando del paisaje que se presenta a sus ojos, e inesperadamente se halla en el an-

tro tenebroso de un túnel, el pubescente siente transformarse su sér, exaltarse la imaginación, debilitarse la inteligencia y nacer instintos nuevos que hacen vacilar la voluntad. No tiene a quién acudir; se le imponen las mismas tareas de antes; se le trata como a un individuo sano; pero él, sin pretenderlo, no cumple los deberes puntualmente; está transitoriamente vencido en la batalla que se libra en lo más hondo de su organismo y en la cual se decide su suerte. Entonces el choque con los superiores es inevitable; todos lo inculpan; en consecuencia vienen los castigos y las reprecensiones; los profesores no tienen más que rebajarle las notas y aún impedir que gane los cursos; así está estatuido. ¿Será esto justo? ¿No serán muchos los casos de *surmenage* moral, producido por la incomprensión de los superiores del adolescente? ¿No se habrán perdido para la patria centenares de hombres, por falta de sagacidad psicológica en los educadores?

Y cuenta que es impropicio para el púber el ambiente escolar.

Además del trabajo, existen otros elementos que pueden serle perjudiciales: de los compañeros, unos son menores que él y otros de mayor edad; muchos de los últimos se han deslizado ya por los senderos del amor, el cual, en concepto del celeberrimo autor del Quijote “unas veces vuela y otras anda; con éste corre, y con aquél va despacio, a unos entibia y a otros abrasa, a unos hiere y a otros mata: en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner cerco a una fortaleza, y a la noche la tiene rendida porque no hay fuerza que le resista”.

En estas latitudes no hay duda que las pasiones corren, vuelan, abrasan.

Por afinidad espiritual el estudiante busca, no a los menores que él sino a los que ya tienen experiencia, quizás amarga de la vida; unidos, se dan a planear paseos, viajes, diversiones; a la cabeza de toda revuelta están; son los jefes de los mítines; quieren libertad; si se les niega, se la toman por asalto; aquí y allá hallan excitantes para el sistema nervioso: lecturas, conversaciones, funciones de teatro, de cinema-

tógrafo, y para coronación de males, las bebidas alcohólicas, verdadero azote de la humanidad.

Así, entre dos fuerzas contrarias, anda el joven; el deber le llama; pero no tiene energías para cumplirlo; el libertinaje le atrae con sus halagos; sobra confesar que esta vía es la más recorrida; miles son los padres que enviaron sus hijos al colegio, buenos y sanos, y al poco tiempo tienen que exclamar: “¡maldita ciudad, lo que te di y lo que me devuelves!”

Calderón de la Barca, el Shakespeare castellano, escribió un drama. “La vida es sueño”, en que el hechizo del ritmo guarda una filosofía honda y acerba.

Aquel Rey Basilio que encerró a su hijo Segismundo en una torre porque, según había leído en los cielos, “donde las letras son estrellas”, su hijo le quitaría el trono, es un carácter singular que simboliza, no hay duda, un sistema de educación en el cual la fuerza y el aislamiento pretenden reemplazar a la acción bienhechora de una voluntad adestrada en el combate continuo entre la razón y las pasiones.

El desventurado príncipe crece en la soledad y el abandono; los instintos feroces e indomados estallan en la primera vez en que topa con la libertad, que él no sabe si es realidad o sueño:

“¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados?
Tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
Que me sirva de vestir?”

Decir que sueño es engaño:
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.

Decidme, ¿qué pudo ser
Esto que a mi fantasía
Sucedió mientras dormía,
Que aquí me he llegado a ver?”

Una educación mal dirigida, desadaptada, pone a los que la reciben en la misma situación que al personaje de “La Vida es sueño”, aunque no todos se aprovecharán como Segismundo de los pasados desvíos para terminar comprendiendo y diciendo noblemente:

“Que toda la dicha humana
En fin pasa como un sueño,
Y quiero hoy aprovecharla
El tiempo que me durare:
Pidiendo de nuestras faltas
Perdón; pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas”.

Es mejor no poner a prueba una alma cuya voluntad no está aún formada; aquí sí que se puede repetir lo que de la mujer dijo Cervantes:

“Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.

Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse”.

En el período de la pubescencia es prudente que se trate al escolar de una manera discreta; ni opresión sistemática, ni libertad absoluta; que sienta el dominio, pero que quien lo ejerce tenga más de padre y amigo que de cómitre; que se le eduque, pero sin forzarle demasiado, porque, como se está dicho, en aquella edad se manifiesta un anhelo de expansión y aún de rebeldía, que procede ante todo de un estado semi-patológico que nos permitimos llamar *discolía de la pubertad*.

Más que un método directo de educación, en el cual entren castigos, sanciones, reclusión en internados o en casas de reforma, parece indicado un procedimiento indirecto, consistente en atraer la atención del púbero hacia los encantos de la naturaleza, estimulándolo a que cultive la tierra, o a que aprenda un

oficio que a la vez que lo forme le sirva de respaldo técnico en la vida.

Algunos juzgan que la *discolia de la pubertad* no tiene más remedio que una represión absoluta, por juzgar que se trata de perversión definida o de profunda anormalidad; quizás no anden en lo cierto.

No deja de presentar sus inconvenientes el recluír al niño en un internado riguroso o enviarlo a una casa de anormales verdaderos, pues es casi seguro que los efectos son contraproducentes. En estos casos son el padre, el pedagogo y el médico unidos los que deben convenir lo que se deba hacer; un error de diagnóstico puede ser funesto.

No cabe duda que el niño debe reposar cuando comienza a pubescer. Stephen Chauvet, a quien citamos al tratar de la *catata de crecimiento*, prescribe en primer término para el tratamiento el descanso intelectual completo, y si es posible, residencia en el campo.

Tan justa es la tregua que proponemos, que el psiquiatra Régis sostiene que las psicosis de la pubertad exigen “además del tratamiento del trastorno mental que es el efecto, el tratamiento del proceso de evolución, que es la causa. Es decir, que son bien indicados en este caso los viajes, la climatoterapia, especialmente marina, distracciones, gimnasia, hidroterapia, electroterapia, masajes, psicoterapia y sobre todo medicación antitóxica, tónica, emenagoga, endocriniana (ovárica, orquítea, tiro-ovárica, etc.)”

*
* *

Rousseau quiere que *Emilio* se dedique a la caza en este período de crisis por conocer ya un oficio; con pena hemos de confesar que el estudiante colombiano no sabe un arte ni cuando sale de la escuela primaria, ni cuando recibe el pomposo diploma de bachiller, de maestro o de doctor. La educación manual casi no existe en nuestra Patria. Se enseñan latín y álgebra, inglés y filosofía, letras y ciencias, pero no se forman hombres para el taller, o el campo; se gradúan doctores, mas no se preparan hombres para el trabajo; aquí se piensa en el decorado del edificio, antes que en la solidez de los cimientos.

Bien se podría escoger el tiempo de la crisis para que el escolar aprendiese un oficio o arte.

Dos tendencias o escuelas disputan hoy en cuanto a la conveniencia de los trabajos manuales; tendencias que han dado origen a dos sistemas: el *económico* y el *pedagógico*.

Los utilitaristas en pedagogía buscan el efecto inmediato y por ende quieren sentar las bases de la orientación profesional.

Los defensores del sistema pedagógico “consideran el trabajo manual como un medio educativo adecuado para dar destreza y habilidad a la mano, formando cierta aptitud general muy útil y explotable en infinitas circunstancias de la vida práctica, y además, medio instructivo muy a propósito para excitar el amor al trabajo, así como para ejercitar las facultades de atención, de percepción y de intuición”.

Los trabajos manuales para el pubescente cumplen, en nuestro sentir, las finalidades económica y pedagógica, tomadas éstas en toda la amplitud científica. Además, los tiempos que alcanzamos claman por la dignificación de las labores serviles tan mal miradas por los griegos; la civilización cristiana, con la excelsitud de ideales que le es propia, enaltece al agricultor y al industrial; son éstos los genuinos creadores de riqueza, al tiempo que los falsos intelectuales la dilapidan; el Redentor del Mundo quiso ser llamado hijo de un artesano y El mismo ennobleció con sus manos divinas los más modestos menesteres. Es más: en el campo y en el taller está la parte sana de la humanidad; allí se esconden las preciosas reservas de lo porvenir, mientras que los refinados se consumen en el fuego de las pasiones, y la riqueza y la salud de los ciudadanos se esfuman en las no acabadas orgías de los centros civilizados.

*
* *

Ya oímos decir: “No es posible que los jóvenes pierdan uno o dos años aprendiendo un arte o trabajando como infelices peones; lo que se necesita es que acaben los estudios pronto y coronen la carrera”. Así

hablará el inveterado empirismo latino que no ha querido o no ha podido entender el significado de la palabra *educar*.

Elevemos los asuntos. De la madre España heredamos el romanticismo en el pensamiento y en la educación; lenguas elocuentes y plumas brillantes ha contado y contará esa raza, pero hombres de investigación, sabios genuinos o inventores, pocos, muy pocos. Esto depende en parte de la idiosincrasia nuestra, y más todavía del sistema pedagógico adoptado, que ha sido meramente especulativo y mnemotécnico.

La educación no crea facultades; modifica las naturales y despierta energías ocultas. Desvarían por lo tanto los que sueñan con que nos hemos de volver tan fríos y tenaces como un lord de la vieja Inglaterra. Nó; esto es un error; podemos modificar en mucho nuestro temperamento y alcanzar éxitos brillantes por medios educativos distintos, pero nunca despojarnos de nuestra naturaleza vehemente; nos conviene en sumo grado un *injerto de sano sajonismo*, pero siempre hemos de atisbar, al salir la aurora, el fuego de San Telmo que brilla en el tope de la nave, cuyo capitán es el Caballero Don Quijote de la Mancha.

Reformar en América la Instrucción Pública es propender por el mejoramiento étnico; no se diga que es un imposible; unidades muy salientes han comprobado que la elación artística no anda reñida con la práctica. Con nuestras condiciones y con auxilios exteriores, juiciosamente seleccionados, alcanzaremos una civilización autóctona.

La existencia de estos tiempos, en extremo compleja y ansiosa, no se colma con la serena sencillez del Atica; la colisión constante entre el capital y el proletario demanda una educación variada y activa; pero, conservando la unidad de aquel ejemplar magnífico, es fácil llevar al cabo un plan que desenvuelva todas las facultades anímicas. sin perjuicio de que la cualidad reina sobresalga y sea para el individuo fuente de bienestar; Alemania y Bélgica son en la hora de ahora modelos de países cultivados integralmente.

El relativo descanso intelectual que ansiamos pa-

ra lo púberes, es altamente benéfico: trueca el escolar el libro fatigante por la naturaleza verde y opulenta; cambia el salón de clase, muchas veces pobre de luz y de aire, por el espacio abierto del ameno valle o por la amable colina donde el padre o el agricultor le ponen en comunicación con los animales, las aguas y las flores; deja de recibir conocimientos para adquirirlos por su cuenta; en lugar de estar en la ciudad enloquecida viendo y oyendo lo que conturba su espíritu excitado y excitable, percibe otras sensaciones más puras y frescas que serán para él un sedante y un estímulo. En el taller, en la granja o en el hogar se estudiará a sí mismo, verá cuál es el hito a que apuntan sus aspiraciones, y más cerca de la realidad, en una prueba o *test* de propia experimentación, resolverá el grave problema de su porvenir.

Acertada y gallardamente apunta Agustín Nieto Caballero: "Pudiéramos imaginar que los estudios del joven marchan como los punteros de un reloj sobre un cuadrante en donde están indicadas las grandes ramas del saber, y que al ponerse cada vez en contacto con los numerales de su vocación, éstos se iluminan y vibran porque son resortes mágicos de un interés primordial. Mas si los punteros se detienen al comenzar su marcha, un enorme sector de la mente quedará en tinieblas. Esto es precisamente lo que hacen esos bachilleres especializados huérfanos de ciencia y de filosofía".

Como lo que importa en la educación presente no es procurar el desarrollo ni adaptar al hombre, sino que aprenda muchas cosas hechas, tenemos que no son casos esporádicos los bachilleres de quince o diez y seis años y doctores de veinte o veintiuno; pequeños genios que visten la toga o manejan el bisturí cuando apenas pueden ejercer el derecho de ciudadanía.

Salen a la lucha y lo primero que se preguntan, después del embeleso del ansiado diploma es: "¿qué haremos?"; fueron hasta donde se les impulsó; se hallan con el cerebro repleto de teorías, pero pobres de iniciativas, pues la formación que tuvieron fue desarmonica, incoherente; no saben investigar; desconocen la falsía social, y ahí tenemos que, o serán unos fra-

casados si conservan la dignidad, o irán a seguir tras el penacho de un político ignorante que da colocaciones y honores en cambio de conciencias; aquellos sujetos todo lo serán, menos unos *hombres*.

¿Quién no ha conocido ese cuadro doloroso? ¿Cuántos no habrán visto que el joven amable, amigo leal y discípulo grato, de la noche a la mañana vuelve la espalda a sus antecedentes honorables para adular a gobernantes y caudillos que lo obligan a renegar de sí mismo y de los que le mostraron una senda limpia? El ansia de subir aceleradamente mata muchas almas. Si no es esto lo universal, sí es muy común.

El mal no acaba aquí. Con toda razón la sociedad acepta los valores que le dan las universidades y escuelas, porque es deber de éstas verificar la verdadera apreciación de la inteligencia, aunque desgraciadamente el resultado ha sido bien deficiente.

Aquí se conceptúa bueno al alumno que da las lecciones, y malo al que no las da; pero como nuestro criterio pedagógico es bastante embrionario, decidimos de buenas a primeras que aquél es inteligente y como tal capaz para cuanto se quiera, y éste nulo en toda la extensión de la palabra; al primero se le acepta sin condiciones, y al segundo se le rechaza y se le condena sin derecho de apelación. El inteligente escala toda las alturas y es llevado de aquí para allá como experto, aun en lo que no ha estudiado, de lo que se deriva una verdadera paidocracia, que no siempre resulta eficaz, pues las funciones del gobierno requieren conocimiento práctico de las cosas.

Empero, la vida que se anticipa a la psicología de los gabinetes, nos da muchas sorpresas y, “en más de una ocasión sale lo que no se espera”. Los laureados del colegio pueden resultar ineptos, y los reprobados en el aula triunfan en la práctica; la inversión de valores es más que frecuente. diaria.

Este es el desacuerdo de lo que el doctor Decroly ha llamado *valor escolar* (*valeur scolaire*) y la inteligencia, procedente de la poca sindéresis que se emplea en la calificación de los educandos y de la estrechez del campo intelectual en que se investigan sus facultades.

El educador, con visión sagaz, ha de ir con el niño por doquiera: en las excursiones, en los recreos y en los actos de la comunidad observará el poder de adaptación y la manifestación de los modales; en clase: la atención, la memoria, las aptitudes de análisis y comprensión, como la resistencia para el estudio; en los trabajos manuales: la inventiva y la energía; y en toda hora y lugar el vigor de la voluntad y el carácter, que es la fisonomía de ésta.

El maestro sabrá, por el comportamiento del alumno en las vacaciones, si ya éste puede conducirse por sí solo o si en el colegio no ha hecho sino disimular los instintos perversos.

Los latinos somos muy dados a tener como prueba inequívoca de inteligencia la facilidad para hablar o escribir; la palabra hablada o escrita es elemento indispensable aquí para brillar; nada tan erróneo y perjudicial; la timidez vela en muchas ocasiones un espíritu de meditación encomiable; aparece claro que esto difiere en mucho de aquel carácter raro del tipo autístico, que linda con la demencia precoz y en consecuencia es del resorte de la psiquiatría.

La mala apreciación de la inteligencia tiene desastrosos efectos para la sociedad y para el individuo mismo: o lo ensalzan demasiado y lo llevan por caminos para él vedados y sucumbe, o lo deprimen hasta inducirlo por sugestión a que enfile con los imbéciles; una y otra cosa son inadmisibles.

De aquí la imprescindible urgencia de dar a la escuela una dirección científica, capaz de formar hombres de virtud y competencia que se afronten con la lucha, armados de todas armas.

Las naciones de Hispano-América, tornamos a decirlo, deben entenderse para formar un plan educativo, acorde con las condiciones de la raza.

Convencidos de esto lanzámos desde el año de 1911 la idea de que se reuniera en Bogotá un Congreso Pedagógico Nacional y que éste iniciara y planteara la convocación de otro en que estuviesen representadas las repúblicas americanas. La idea primera culminó: en diciembre de 1917, en la capital de Colombia, celebró sus sesiones el primer Congreso pedagógico; sus labores fueron en general acertadas; por

desgracia, no se ha dado vida a las importantes reformas que inició la respetable Corporación, ni se ha cumplido el mandato legal que dispone la reunión periódica de los Congresos pedagógicos (Ley 62 de 1916).

*
* *

Como lo anotamos, la psicología es hoy una ciencia de aplicación práctica en todos los ramos; es más, una disciplina de interés social a la que ha de competir en breve hallar la solución de encumbradas cuestiones económicas.

Para procurar la cantidad y la calidad de la producción se han organizado en los Estados Unidos de Norte América y en Europa las oficinas de "*Orientación profesional*", en las cuales se examinan y valoran las capacidades del individuo. "*La Orientación profesional*" dicen J. Maquet, Vandervest y otros, por cuanto está basada sobre el doble conocimiento del niño y la profesión, es verdaderamente un problema económico y social, que está en relación con todas las ciencias; biología, medicina, pedagogía y psicología experimental".

Esta orientación debe comenzar en la escuela; a ella corresponde suministrar cerebros y brazos para las generaciones venideras; precisa que nos convenzamos que la obra educativa no termina para el niño cuando se le cancela la matrícula; se proyecta en lo futuro de manera clara y decisiva.

El establecimiento técnico de la *Orientación profesional* resolverá la dificultad de lo que se ha llamado *proletariado intelectual*, el cual proviene en primer lugar de la mala apreciación de las facultades del escolar.

¿Habrá en Colombia instituto alguno que haya pensado en la profesión que convenga a cada uno de sus alumnos? ¿Dónde se han reunido el pedagogo y el médico para meditar el consejo que puedan dar al padre de familia respecto de la habilidad del hijo?

Más de un hecho doloroso registra nuestra historia en que se destaca visiblemente la indolencia con que se miran las reformas más saludables: ha habido

quiénes blasonen públicamente de haber sido iniciadores de una noble idea, después de que por incompreensión y por atender a intereses mediocres dieron muerte a la institución práctica donde germinaba la buena semilla; no han faltado personajes que, con todo el prestigio de sus nombres, ungidos por la fama, se vanagloríen de haber sepultado el ideal renovador de quienes han trabajado con abnegación y desinterés por varios lustros en el áspero e ingrato campo de la educación patria.

Si en algo más alto hubieran pensado los que han dirigido la más importante rama de la administración pública, días más venturosos estaríamos viviendo y más risueño porvenir se aguardaría para esta nación que agoniza antes que vive y que hoy es presa de los ambiciosos analfabetos que a golpes de audacia escalan las alturas, adonde no podrían alcanzar dignamente. Plegue al cielo que el buen sentido alienante en el pecho de nuestros gobernantes y legisladores, para que se animen a emprender la reforma educativa.

Se ha creído que el recargo de asignaturas y los exámenes constantes y severos resuelven lo relativo a la educación: desatentados andan los que así piensan. De la misma manera que el médico fija la dosis del remedio que prescribe, el tiempo y la manera de emplearlo, así interesa que haya una dosimetría pedagógica, técnicamente distribuída, para que el alumno aprenda las materias del curso intensamente; los pénsumes recargados atrofian la inteligencia y debilitan la voluntad, y de este modo se forman espíritus ligeros y presuntuosos que no dominan nada, ni son aptos para objeto alguno. A este mal, común entre nosotros, se agregan los repetidos exámenes con que se quiere seleccionar el personal para las profesiones.

El examen nada prueba: pedagógicamente tiene el valor de una clase ordinaria; luego, si el método que se ha empleado es lógico, las pruebas finales serán tan satisfactorias como las que en todo el año se han verificado. El aparato de solemne gravedad de que se acostumbra rodearlas es simplemente ridículo, y los resultados, por más que se proclamen a los cuatro vientos, serán efectivamente nulos. Lo que vale, lo

que importa, lo que sí merece asentimiento, es la enseñanza diaria, viva e investigadora; en ella es donde el educador encuentra la brújula que le guíe; allí, silenciosamente, trabajará hasta saber cuáles de sus educandos poseen dotes para esta o aquella carrera; en la escuela, laboratorio de almas, conocerá las aptitudes físicas, intelectuales y morales del niño, y entonces sí podrá entregarlo a la Patria con ejecutorias limpias y elocuentes.

Para la orientación profesional se requiere una labor conjunta del médico, del maestro y del consejero de vocación. Vaya que es un Tribunal digno de respeto y cuyas dotes deben ser excelentes.

Ante todo necesitamos maestros psicólogos, y éstos no se forman sino en Escuelas Normales que sean dignas de tal nombre; el país sabe esto, lo pide y todavía no se columbra la esperanza de que contemos con el primer seminario de maestros; la Ciencia de la Educación es desconocida en estas latitudes. El sofisma de la pobreza ha sido la eterna excusa para no dar impulso a la instrucción pública; quizás por escasez de dinero no se ha reformado el pénsum de las Escuelas Normales, y por la misma razón se ha convenido en dar los altos puestos y los mejores sueldos a personas que ni siquiera han leído el Código de Instrucción Pública.

El tipo de nuestra Escuela Normal es el español; sus reglamentos y pénsumes son ilógicos, sin fundamento científico alguno; los conocimientos que transmite son misceláneos; por consiguiente pecan contra la gran ley de concentración, que es la básica.

Aquí el alumno sale de la escuela primaria y entra en la Normal, sin que se haya probado su vocación para el Magisterio; estudia cuatro o cinco años hasta recibir un diploma definitivo de maestro; con este título aspira a dirigir una escuela o un colegio, y en efecto se le dan muy comunmente puestos muy distinguidos.

En naciones más cultas existen gimnasios intermedios entre la escuela elemental y el seminario de maestros; en aquéllos adquiere el aspirante una cultura general; es dirigido por educadores de ciencia, quienes le ayudan a estudiar la vocación; después de

este período preparatorio, si es el caso, va a la Normal a cursar la Pedagogía; ésta es por lo tanto una verdadera facultad profesional, a la cual no se llega sino mediante una instrucción vasta y sólida.

Ni pára aquí la preparación del tallador de almas: en Alemania, Francia y otros países no se da al estudiante que sale de la Normal el diploma, sino un certificado provisional, pues para obtener aquél practica por dos o tres años, bajo la dirección de pedagogos competentes, los que informan si es acreedor o nó a la palma definitiva. Este tiempo de ensayo es lo que se conoce con el nombre de *stage*. Don Pedro Loperena lo describe en estos términos:

“Durante el período indicado, la escuela donde sirve el maestro *stagiaire* es frecuentemente visitada por un Inspector del Estado, quien recoge y anota, cuidadosamente, toda clase de informes, para tenerlos en cuenta en el momento de determinar si el candidato en observación merece que se le entregue el título definitivo. Tal determinación la hace, generalmente, un Tribunal de personas técnicas y autorizadas, teniendo presentes dichos antecedentes de la Inspección y los resultados de un segundo examen que, al fin del período de *stage*, sufre el aspirante.”

Fácilmente se podría, al crear la verdadera Escuela Normal, ya que es difícil fundar gimnasios de preparación, dividir los estudios en dos secciones que reemplacen la organización extranjera que hemos citado.

También parece más científico el establecimiento del tiempo de prueba (*stage*) que la revalidación de grados proclamada por algunos.

Ningún instituto serio nombra en propiedad a profesores cuya pericia didáctica no esté comprobada; que la baja intriga detenga su marcha siquiera ante las puertas de una casa de educación, donde sólo la justicia debe imperar.

*
* *

Al terminar la pubertad, el adolescente adquiere, generalmente, el aspecto definitivo; el organismo se ha desarrollado casi en la totalidad; las facultades

mentales se despejan y afinan; se muestran los sentimientos e inclinaciones, de manera que se puede ver ya al hombre de cuerpo y de alma enteros. Es la hora de definir la vocación. ¿Será un error pedir que se favorezca el desarrollo del joven y que en la crisis de la pubertad no se exija de él más de lo que puede dar? ¿Se motejará de utópicos a los que anhelamos una escuela desligada de este empirismo engréido e ignorante de que se hace alarde?

Durante la época de la pubescencia estaría bien el hijo en la casa paterna; que se ejercite en los oficios peculiares a su familia; que éntre, si ello es fácil, en una escuela de artes y oficios, en una de agricultura práctica o en un internado campestre, en el cual se le someta a un régimen de trabajo más manual que teórico y en donde lleve vida de familia.

Utilísimos son los establecimientos de esta índole y su organización no es tan imposible como se supone, siempre que se logre prescindir del eterno ideal latino de formar doctores y sabios; el interés y la obligación del Estado son en primer término implantar la enseñanza primaria sobre bases sólidas, para desterrar el analfabetismo y tener ciudadanos honrados y sanos; las profesiones elevadas requieren gastos ingentes que corresponden a los particulares.

Dos o tres maestros competentes pueden dirigir una escuela práctica campestre elemental, de la siguiente manera: la mañana se destina a las clases teóricas, que deben ser pocas, digamos: lecciones de la realidad, conocimiento del lenguaje, geografía e historia patrias combinadas, aritmética y religión; esto en los primeros grados; más tarde pueden agregarse algunas asignaturas, si fuere necesario. Estas materias son ideas—centros: al rededor de ellas, por el método cíclico—concéntrico, se va desenvolviendo la enseñanza, la que debe ser eminentemente intuitiva; el método de Decroly nos parece admirable, siempre que por medio de la enseñanza religiosa se le despoje del tinte naturalista que lo caracteriza.

El medio día se dedica a los trabajos manuales (incluyendo los agrícolas); una hora para el dibujo, y la tarde a deportes y paseos cortos. En la noche se da una conferencia de moral.

En un establecimiento de esta índole la distribución de los trabajos, los ejercicios físicos, el descanso y la alimentación se ordenarían metódicamente; además la vida de familia que se llevaría, presenta grandes ventajas.

Conocemos el programa del Instituto *Mitchell School*, cerca de Boston. Allí se reciben cincuenta alumnos, los que son atendidos cuidadosamente; en dicha institución la sencillez de planes está acorde con la fuerza educativa; sólo se admiten alumnos de 8 a 16 años.

Se nos contestaría que no hay dinero; argüimos entonces: existen muchos colegios en las poblaciones; están subvencionados, algunos de ellos con grandes sumas; pues cámbiese la orientación clásica que hoy tienen, y en lugar de enseñar latín e inglés, establézcanse artes y oficios, y cómprese una área de terreno para que los alumnos siembren café, trigo, algodón, etc. Quizás lo que más falta es capacidad organizadora en los dirigentes, pues es mucho el dinero que se gasta, o mejor, que se dilapida, en lo que apellidan instrucción pública.

Conocemos programas de *escuelas prácticas de agricultura* que parecen copiados de alguna enciclopedia; de todo hay en ellos, menos de agricultura y muchísimo menos de práctica.

El mal de nuestros programas de escuelas y colegios reside principalmente en que están vaciados en el molde universitario; no hay instituto que se funde, por modesto que sea, en que no figuren en primera línea los cursos para optar al bachillerato clásico; jamás se piensa en crear una escuela práctica; nuestras familias no acarician otro ideal que tener en la casa un médico o un abogado; paréceles desdoloroso todavía el cultivo de la tierra o el noble trabajo manual; como si las frases contra estos oficios que escribió el dulcísimo Guiador de los *diez mil*, se hubieran grabado para siempre en ciertos cerebros, antes que las encantadoras geórgicas del sin par cantor de Eneas, de cuya vibrante y melodiosa lira brotaron a raudales, tanto el poema que inmortalizó al héroe troyano, como los cantos a las abejas y los himnos a las agresivas faenas.

Quien se digne leer este modesto y desgarbado estudio nos juzgará tal vez enemigos de las disciplinas clásicas. Nada más injusto; en más de una ocasión hemos vuelto por los fueros de esos útiles y bellos estudios que, en verdad, están muy acordes con nuestras propias aficiones.

Son las humanidades una gimnasia mental que agiliza el entendimiento y robustece la voluntad: ese empeño por analizar un aoristo, por hallar el origen recóndito de una palabra, por remontarse en el río de los acontecimientos hasta dar con la razón de ellos, con el auxilio de la historia sabia; aquella brega por domar la aspereza de las ciencias exactas, por descubrir el velo del hondo pensamiento; ir de aquí para allá, cual diligente colibrí, robando néctar a las flores del huerto de lo bello; extasiarse ante la magia de un capitel antiguo o conservar con celo el trozo de mármol o la reliquia procera que evocan egregios tiempos pasados, eso es embellecer la vida, levantar el espíritu e iluminar con lúcidos destellos la noche de la vulgaridad cotidiana.

Ni es patriótico echar toda la culpa de nuestro lento desenvolvimiento material a la cultura que fue madre e inspiradora de las gestas gloriosas de la Independencia,

De las aulas de filosofía salieron en procesión victoriosa los que nos dieron patria y libertad; ellos empaparon la tierra de sus mayores con la sangre que corrió de sus venas patricias.

Envuelto en palmada toga expira con valor romano Camilo de Torres; rozagante pretexta sirve de sudario a Nariño, a Santander, a Cayzedo y a Márquez; García Rovira va a la muerte recitando en latín las oraciones de los agonizantes; sobre la chaqueta de mil soldados se ve la beca del rosarista, hecha constelación de estrellas por las balas enemigas; el sabio payanés, sacerdote de Urania, se despide de la existencia trazando sobre los muros de la cárcel helénico enigma, y también aquí, como en la ciudad de Rómulo, los puñales de los Brutos y los Casios se revolvieron contra el acongojado corazón del Padre de América.

Pero, cuénta que este manjar es para pocos pa-

ladares; éntren unos cuántos en el augusto templo donde offician la ciencia y el arte; trepen a la cima quienes lleven alas potentes; los demás no osemos profanar la majestad de las alturas y estemos acá abajo bañando la tierra con el sudor de la frente, para que el pan no escasee. También la lucha material tiene sus encantos, y la libertad verdadera se complace en morar más en la choza del labriego que en el palacio del potentado; el campo fue y será asilo apacible adonde no llegan los vanos afanes de esta civilización que nos asfixia y enerva.

Donosamente se dirigió a los americanos del trópico el ínclito don Andrés Bello, para exhortarlos a que honren el campo y la “simple vida del labrador”:

“Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
A los que ahora aclama,
‘Hijos son éstos, hijos
(Pregonará a los hombres),
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España.’”

Los extremos son viciosos; que el bachillerato se divida en dos ramas; una que adiestre humanistas y prepare doctores doctos; otra que dé conocimientos generales a los que sean llamados al comercio, artes

o industrias; en las actuales circunstancias interesa a Colombia impulsar preferentemente la segunda clase de estudios.

El período de prueba y descanso de que hemos tratado, puede utilizarse ventajosamente para los individuos y para la sociedad.

Cuanto a las mujeres, que también necesitan el reposo, que estén al lado de su madre o en un establecimiento donde se les enseñen oficios peculiares de su clase y sexo.

*
* *

De trascendencia máxima es la faz moral del problema de la pubertad; fácilmente se desliza el joven por la pendiente de la inmoralidad y puede adquirir vicios detestables.

No es justo que, como lo quiere Rousseau, se dejen para tal época la enseñanza religiosa y la vigilancia del alumno. La educación comienza desde el día del nacimiento; se le ha de vigilar con dignidad, pero con entereza y discreción.

Muchos higienistas son partidarios de la enseñanza sexual, y últimamente hemos leído en un diario de la Argentina que la misión alemana, de pedagogos que trabajó en dicho país resolvió, de acuerdo con los inspectores escolares, establecer francamente la educación sexual en las escuelas. Dufestel opina que cuando el alumno tenga 16 ó 17 años puede el médico mostrarle los peligros de la calle y de las enfermedades venéreas.

La educación sexual no evitaría los males que se pretende combatir, y seguramente sería motivo de otros muy graves; se excitaría la imaginación del niño con la descripción de cuadros que él no entiende y se le llevaría al abismo, en vez de alejarlo de él.

Padres y educadores deben observar con perspicacia la conducta moral del joven y, con la prudencia que el caso requiere, están obligados a retraerlo de los peligros a que lo conducirían ciertos hábitos.

Señales fisiológicas y psíquicas denuncian al joven que se ha extraviado en esta materia: enflaquecimiento general, palidez, dilatación pupilar (J. Fons-

sagrives), ojeras, amnesia, dispersión de la atención, mirada inexpresiva y torpe, retraimiento sistemático, pereza, sueño agitado e irritabilidad de carácter.

El insigne doctor de la educación Mons. Dupanloup pinta admirablemente el estado del niño impuro; el cuadro es magistral; hélo aquí:

“¿No veis el repentino cambio obrado en aquel niño? Era franco, alegre, cariñoso: de pronto lo veis triste, inquieto, desconfiado, sombrío, disimulado. Ya no ondea en sus labios la primera cándida sonrisa; ya no es aquella frente dilatada, aquel corazón que se abría de par en par, aquella alma que se desplegaba serena y luminosa como el cielo: algo ha pasado por esa fisonomía, algo que ha tendido sobre ella uno como fúnebre velo; en ese corazón hay algo que lo aprieta, que lo ahoga; algo que él no quiere que se trasluzca, que no quiere dejar ver; algo que es como vergonzoso secreto que trata de ocultar.”

Considérese que los medios que hemos propuesto para la educación en la pubescencia resuelven el problema en todos sus aspectos: médico, intelectual y moral.

“Trabajar es orar”; hombre activo no es vicioso; si el púbero pasa el día entretenido en un estudio moderado y en ocupaciones que lo fatiguen muscularmente, irá al lecho con necesidad del sueño, el cual será reparador y tranquilo.

La higiene aconseja como medios preventivos de los hábitos a que nos hemos referido los siguientes: que el joven se levante temprano y se acueste cuando esté para dormirse; cama dura (J. B. Fonssagrives); la posición más higiénica es la de decúbito lateral derecho; conviene además acostumar al niño a que duerma con los brazos por fuera y que no beba licores ni use otros estimulantes perniciosos.

“La hidroterapia, la gimnasia, los ejercicios que hacen irradiar las fuerzas del centro a la periferia y desvían hacia la piel y el aparato muscular un influjo nervioso que encontraría de otro modo un empleo perjudicial, son elementos indispensables de este trabajo preservativo”. (J. B. Fonssagrives, citado por J. Fonssagrives).”

Además, no debe olvidarse que el ambiente influ-

ye inmensamente en el ánimo del adolescente: las lecturas eróticas, las narraciones de hechos criminosos, los espectáculos salvajes, como el juego de gallos y las corridas de toros, las representaciones teatrales o de cinematógrafo, donde la pasión actúe, todo eso tiende a conturbar el espíritu juvenil y obra siempre de manera funesta.

La educación religiosa desempeña un papel de primera importancia: la religión tempera los instintos exaltados, eleva y dignifica el alma humana; no hay labor más antipatriótica e irracional que la de los que pretenden desterrar a Dios de la escuelas.

Sabias son las indicaciones que van a leerse; su autor es el abate J. Fonsagrives:

“La educación de la pureza no puede hacerse por medio de conferencias dirigidas a los jóvenes, ni menos por el teatro. Se puede, en verdad, sacar provecho de las conferencias dirigiéndose exclusivamente a los padres; pero cuando la conferencia se dirige directamente a los jóvenes, debe hacerse de una manera más íntima, más personal, bajo la forma de consejos dados a cada adolescente por el padre o por la madre, y, en su defecto, pero sólo en su defecto, por el maestro o director, y aun en rigor, por la vía de un pequeño opúsculo, sobriamente escrito, puesto a disposición de los alumnos de alguna edad, a quienes un desarrollo exagerado, un estado de excitación nerviosa u otros síntomas parecen disponer a perniciosos hábitos. Hay entonces un imperioso deber de intervenir, y el mejor modo es aún aconsejar una lectura seria y grave.”

Mons. Dupanloup sostiene que ante todo toca a los padres “el cuidado y la obligación de preservar a sus hijos”. Lo interesante, pues, lo básico, es educar a los jefes de hogar cuyo abandono hace opinar a un autor tan documentado como Genaro González Carreño, que los padres en general “no están en las mejores condiciones para realizar *plenamente e íntegramente* la obra de la educación moral de sus propios hijos, que deben, por tanto, si pueden y tan pronto como sea posible, encomendar a otros en la *mayor parte*.”

Con todo: pesa sobre aquéllos toda la responsa-

bilidad; si no cumplen su deber, que “Dios y la Patria se lo demanden”. También hay que pensar cuán difícil es hallar maestros ampliamente recomendables para desempeñar tan delicada misión.

Finalmente, hacemos propias estas indicaciones del ya citado J. Fonssagrives: “En cuanto al tratamiento moral de los hábitos viciosos en los impúberes se ofrecen dos métodos; la persuasión y la intimidación.

“No hay que fiar con exceso de la eficacia del primero, a menos que se encuentre uno en presencia de una fe profunda y de una sólida piedad. No se debe abusar del segundo. Y la intimidación se traduce aquí de dos maneras: por la amenaza o la práctica de los castigos, y por la revelación de los peligros que corre con sus hábitos, si el niño está en la edad de comprenderlos. Es el niño aún demasiado distraído, poco o nada preocupado del porvenir, para que se pueda esperar algo de este resorte, que es, por el contrario, muy útil poner en juego con los adolescentes; de suerte que, en realidad, todo se limita a vigilar a los niños y a fatigarles de manera que se les ponga en la imposibilidad de ceder a sus malas inclinaciones.”

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Del ensayo anterior podemos sacar las siguientes deducciones:

1ª En la edad de la pubertad conviene alejar al niño del estudio; los trabajos manuales son los aconsejados para esta época;

2ª Como el organismo adquiere en la época de pubescencia una gran vulnerabilidad orgánica, se necesita, para evitar enfermedades y desequilibrios, que el individuo sea sometido a un régimen higiénico-pedagógico especial: los estudios, la alimentación, ejercicios, etc., deben ser graduados juiciosamente;

3ª La ración alimenticia en la época de la pubertad debe constar principalmente de substancias azoadas, pues es claro que el organismo, para su mejor desenvolvimiento, necesita mayor cantidad de albuminoides, en tan delicado período de la vida;

4ª Los niños anormales permanecerán en reformatorios de carácter médico-pedagógico, dirigidos por maestros preparados en la *enseñanza especial*;

5ª Son de grande utilidad las escuelas campestres, con internado, en las cuales se dé una enseñanza más práctica que teórica; los púberes que forzosamente tengan que vivir en las ciudades, podrán entrar en escuelas de artes y oficios;

6ª Es indispensable iniciar prácticamente el cultivo de la psicología, como base de una educación que mire por la orientación profesional del niño. La investigación ha de conducirnos a formar un plan educativo, propio de las naciones suramericanas;

7ª Nuestra Oficina General del Trabajo necesita para la mayor eficacia de su labor, establecer el servicio psicológico a fin de aumentar la cantidad y mejorar la calidad de la producción. Así, mediante el examen físico y psíquico de los obreros y la publicación de monografías de artes, se atenderá al bien-

estar de aquéllos y al mejoramiento de las industrias; (1)

8ª Crear la verdadera Escuela Normal, procurando darle carácter de Facultad, dividiendo los estudios en dos secciones: preparatorios y profesionales;

9ª Procurar, dentro de la actuación misma de la escuela, que se dé solución al problema social de la hora presente: el abandono de los campos y la consiguiente acumulación en los centros, y

10ª Provocar la reunión de un congreso pedagógico hispano-americano. En él se pondrían las bases de la unificación educativa de la raza, y con ello se propendería al bienestar de este continente.

(1) Nos parece útil anotar aquí los instrumentos que se emplean en Bélgica en los laboratorios de *orientación profesional*:

I. *Péndulo Acústico*, destinado a medir las más pequeñas diferencias de *intensidad del sonido*, percibidas por el individuo;

II. *Aparato Dichord*, para medir las más pequeñas diferencias de la *altura del sonido*, percibidas por el sujeto;

III. *Acúmetro*, para medir la *agudeza auditiva* en cada oído;

IV. *Kinesímetro de Hilo*, para apreciar la *delicadeza del sentido artículomuscular* para la mano;

V. *Kinesímetro Ergográfico*, para apreciar la delicadeza del sentido artículomuscular para el antebrazo, el brazo y el hombro, y eso con desarrollo de mayor o menor fuerza;

VI. *Tapping Board*, destinado a medir la velocidad y la regularidad de los movimientos rítmicos;

VII. *Tremómetro*, para medir la precisión de los movimientos de la mano;

VIII. *Esthesiómetro*, para apreciar la delicadeza de la sensibilidad cutánea;

IX. *Aparato para distinguir los colores*, el cual permite apreciar las más pequeñas diferencias de alumbrado;

X. *Aparato para medir la vista estereoscópica*;

XI. *Mnemómetro*, que permite apreciar la facilidad de la memoria y también la rapidez del juego de las asociaciones;

XII. Diversos aparatos inscriptores (*Kimógrafos*) y avisadores (*Sonneries*).

HACIA LO FUTURO

HACIA LO FUTURO

El nueve del próximo diciembre se cumplirán cien años del día inmortal en que culminó en Ayacucho la epopeya de la independencia americana.

En ese campo las huestes de Colombia y el Perú, al mando de Antonio José de Sucre, rasgaron para siempre el pabellón ibero y rompieron las blasonadas armas de los soldados de Fernando VII.

Allí, tras luenga y épica lucha, se confirmó la emancipación política de este mundo que un día arrancó al océano el Almirante de Liguria; allí surgió entre el humo de la batalla y como una visión de gloria, la libertad de un continente al cual arrullan dos mares y cuyos ideales vuelan más lejos que el límite que perfilan las montañas andinas, y son más brillantes que los pompones de llamas que alumbran la no percibida cima de sus volcanes excelsos.

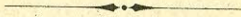
Sí, América ha de vivir y progresar para equilibrio del orbe y bien de la humanidad. Porque la civilización es aquella misteriosa ave fénix que, según la vieja leyenda, venía cada quinientos años a Egipto, donde era quemada entre mirras y maderas olorosas, y de las cenizas se alzaba rediviva para tornar volando al encantado Oriente.

Cuando yazga roto el cetro de la grandeza que hoy vibran: Albión la poderosa; la luminosa Francia; la sabia Alemania, y la artística Italia; cuando de ese progreso admirable no queden para recuerdo sino los pedestales carcomidos o las estatuas mútilas de héroes y sabios que fueron; cuando los viandantes, ávidos de evocaciones, vayan a recorrer lo que fue Europa y encuentren, en lugar de la pujanza de hoy y de la soberbia de antaño, grandes, dilatadas llanuras, donde apenas las torres de templos y palacios majestuosos se yergan solas para servir de jalón a los que viajan o dar sombra amiga a tribus de pescadores, que navegan en el Sena, el Volga y el Danubio; entonces, la ciencia y el progreso vendrán, como en otro

tiempo el romántico Ponce de León, a buscar en nuestras selvas la fuente de eterna juventud, para sentar sus reales en la tierra en que nació, vivió, soñó, peleó, sufrió, venció y agonizó el Vidente de Caracas, poeta de la acción y Padre de la América, Simón Bolívar.

Entonces serán los días de pensamiento y trabajo, libertad y paz, fuerza y derecho, para estos pueblos que tan penosamente van buscando un porvenir venturoso.

Para tan nobles fines, para cumplir vuestra sublime misión, ¡oh naciones de América! debéis preparar los caminos e iluminar las sendas que os conduzcan al triunfo: cread la escuela, íd al niño!



APENDICE

APENDICE

Conceptuamos de gran valor actual el siguiente artículo, traducido del "*Journal des Praticiens*":

"LA MORALIDAD INFANTIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los investigadores de Nueva York, con el fin de darse cuenta de la moralidad de los niños, pusieron a éstos a prueba. ¡Pero qué fatal fue el experimento! La mayor parte de los pilluelos, de un dólar que se le había entregado a cada uno, retiraron, uno, diez, otro cincuenta céntimos, etc., porque no creyeron ser sorprendidos. Iguales experimentos se practicaron en las pastelerías y tiendas de víveres en los puestos de tranvías y sólo hubo un número muy reducido de niños honrados. La palma de la inmoralidad les correspondió a los estudiantes de las escuelas públicas; más del 80 % sucumbieron. En las escuelas privadas fue menor el número, pero no menos pavoroso; llegó más o menos al 75 %, y en una sola de esas escuelas, frecuentada por niños de muy buena familia, cayó el 59 %, es decir, más de la mitad. Agréguese a esto la proporción siempre creciente de los criminales y de los delinquentes.

La escuela pública americana es neutra; la religión no está comprendida en los programas y no se enseña sino fuera del local en que funciona. De cada diez niños o jóvenes hay lo menos siete que no están inscritos en alguna escuela dominical aunque los maestros son los primeros que han protestado. Cerca de 3.000 institutores de ambos sexos proclaman la necesidad de la educación religiosa para los niños. Cada niño debe escuchar una vez por semana a su párroco, a su pastor o a su rabino con la misma obligación con que debe escuchar al maestro. No solamente la instrucción en las materias profanas sino también la religiosa ha de estar sometida a reglas muy estrictas y obligatorias. Todos estos datos están tomados de una obra que próximamente verá la luz pública y de la cual es autor el protestante Dr.

Walter-S' Athearn. No es muy probable que nuestros institutores e institutrices sigan el ejemplo de sus colegas de los Estados Unidos.

El espíritu francés está muy distante del americano; la manera de comprender lo real, obedece a procedimientos mentales, ordenados según un ritmo totalmente distinto. Y si los franceses son superiores porque poseen cualidades que no tienen sus colegas de América; si son más aptos que éstos para las operaciones del razonamiento deductivo y más abiertos a las facultades intuitivas, disponen, sin embargo, de un aparato mal acondicionado ante las impresiones directas fijadas en la retina. El institutor americano alcanza el valor de un hecho objetivo, lo que no alcanza el francés de un modo tan perfecto: el primero no tiene la visión ofuscada por un cúmulo de ideas nebulosas que flotan en su cerebro, y sus actos están determinados por la posibilidad de su ejecución; el institutor francés edifica mucho más sobre nublados, y el país de los ensueños que ejerce en su imaginación la atracción de un Edén maravilloso; la nebulosidad de las palabras despierta en él la evocación de los espejismos paradisiacos que huyen sin esperanza de volver. El institutor americano tiene menos confianza en la virtud de los discursos, pero en cambio la tiene en la experiencia de los hechos: ve muy bien y modifica un juicio que no ha sido confirmado por el fruto de su experiencia diaria. Parece que ésta engendra, ante todo, una confianza menos hinchada en el valor de las nociones adquiridas. Thureau, escritor americano, habló de las ventajas de la ignorancia útil. Un institutor francés jamás aceptaría tal cosa. Según su manera de juzgar, la instrucción primaria no debería llamarse así sino instrucción total. Se comprende que está muy bien penetrado de su valor, pero ¡cuán recortadas y modestas aparecen las funciones asignadas a méritos tan trascendentales! ¡Enseñar a leer a los pilluelos cuando se siente palpar el soplo del genio! Y muchos de ellos prefieren desertar del campo con el fin de lanzarse al terreno de la política. En la Cámara actual hay quince institutores primarios.

De éstos no saldrá la reforma preconizada por sus colegas americanos: en Francia las nociones pedagó-

gicas continúan bajo la influencia de la filosofía racionalista del siglo XVIII, reconocida desde hace largo tiempo como el medio de educación más vacío y más estéril. El niño es todo sensibilidad como su madre. Comenzad por la educación de su sensibilidad imponiéndole la regla de las disciplinas y el yugo de las violencias. A este precio los impulsos desordenados no atropellan más los centros de la atención y de la reflexión y el espíritu del niño se desarrollará poco a poco en el sentido de la seriedad y de la ponderación. Muchos métodos se han propuesto para realizar en toda su plenitud esta educación de la sensibilidad y ninguno ha tenido tanta eficacia para adquirir las virtudes como la educación religiosa. El deber debe ser enseñado por medio de fórmulas que indica la experiencia; de lo contrario caería bajo el filo del análisis y se volvería mil pedazos. Nuestros programas escolares no traen todavía estas nociones elementales y evidentes; no enseñan lo que corrige, lo que engrandece, lo que ennoblece. En los muros de las escuelas se ostenta la declaración de los derechos del hombre. Derechos del hombre, es decir, libertad de instintos y facultad de rodar por donde se quiera según los impulsos del corazón. Que ninguna persona se admire, después de eso, de los fermentos de anarquía que se infiltran en todas partes y amenazan, si no se pone orden, a un próximo retroceso que echará abajo la civilización del siglo XX.”



OBRAS CONSULTADAS

- Estudios Literarios.* Macaulay.
Les Applications Americaines de la Psychologie a L'Organisation Humaine et a L'Education. Decroly.
L'orientation Professionnelle. J. Maquet, le Dr. P. Borreman—Ponthière, Mlle E. Monchamps y Georges Vandervest.
 Emilio. J. J. Rousseau.
Pedagogía Experimental. Gaston Richard.
Pathologie Générale. Paul Courmont.
Antropología General. Doctora Montessori.
Revista de Técnica Médica. Número 26, año 4º
Psiquiatrie. E. Régis.
Tratado de Patología Interna. Guillermo Osler.
Los Niños Mentalmente Anormales. Gonzalo R. Lafora.
Los Problemas de la Raza en Colombia. Miguel Jiménez López y otros.
Psiquiatra Infantil.—Los Niños Anormales y su Tratamiento en la Casa y en las Escuelas. Juan Demoor.
Manual Of Tropical Medecine. Castellani & Chalmers.
Estudio y Trabajo. Revista de la Casa de Menores y Escuela de Trabajo de Antioquia.
Les Arriérés Scolaires. R. Cruchet.
La Selection Des Mieux Doués. Dr. Decroly.
L'Arriération Mentale. Dr. Aug. Ley.
Obras de Calderón. Tomo I.
El Quijote. Cervantes.
Cómo el Estado forma sus Maestros en España y en el Extranjero. Pedro Loperena.
La Educación Sexual. Genaro González Carreño.
El Niño. Dupanloup.
Higiene de las Escuelas. L. Dufestel.
Higiene Escolar. Jules Delobel.
Ideas Pedagógicas modernas. Adolfo Posada.
Sobre el Problema de la Educación Nacional. Agustín Nieto Caballero.
Poesías de Andrés Bello.
Consejos a los Padres y a los Maestros sobre la Educación de la Pureza. J. Fonsagrives.
Revista Médica de Bogotá. Números de 407 a 411, año XXXIV.

Hacemos constar nuestro reconocimiento al Dr. Manuel Tiberio Yepes, diligente y capaz Jefe de Estadística Departamental, y al Sr. Jesús Yepes C., brillante alumno de la Escuela de Medicina de Antioquia, por los muy oportunos servicios que nos prestaron para la elaboración de este ensayo.